

tantes intereses, y que no sería hacer un desaire á Italia tomar la actitud más conveniente á sus intereses.

»Cuando estaban adelantados los trabajos de la Conferencia, y se comprendió claramente que los gabinetes de Berlín y Viena no se adherirían más que á una combinación aceptada por Inglaterra y Francia, todos los esfuerzos de Italia tendieron á facilitar un acuerdo entre esas dos potencias. Entonces fué cuando el delegado italiano recibió el encargo de apoyar las proposiciones inglesas, sensiblemente modificadas por el gabinete de Saint James. No se esperaba que Francia las rechazara de la manera categórica que lo hizo.»

»Italia tuvo ocasión de demostrar en la Conferencia sus intenciones amistosas con respecto á las dos potencias. Su representante apoyó enérgicamente la proposición alemana, de discutir la cuestión sanitaria, así como la en que Alemania pidió tener representación en la comisión de la deuda egipcia.»

En el extremo Oriente, rotas las hostilidades entre Francia y China, la escuadra del almirante Courbet ha realizado en Fou-Tcheou un hecho de armas glorioso para las armas francesas. No se trata como se ha dicho de un combate desigual: los chinos poseían en aquel arsenal y en los fuertes vecinos, un armamento superior al de los franceses. Estos, por otra parte, han tenido pérdidas bastante serias para que pueda admitirse ni por un momento la comparación hecha por la prensa inglesa de la acción de Fou-Tcheou, con el inútil cuanto terrible bombardeo de Alejandría en 1882.

La operación tenía dos partes: de la primera, la destrucción del arsenal, se ha recibido en París el siguiente parte del almirante Courbet:

«Buena jornada para comenzar. El 23, á las dos de la tarde, rompimos el fuego. A las seis, nueve de los buques de guerra chinos y doce buques quedaban echados á pique. Uno de nuestros torpederos echó á pique un gran crucero chino: el fuego de la batería Krupp, que domina el arsenal, fué apagado. Los dos buques enemigos que quedaban se salvaron en lo alto del río, donde ninguno de nuestros cañoneros pudo perseguirlos, á causa del poco fondo.

»Tomaron parte en la acción el *Volta*, sobre el que tenía mi pabellón, el *Duguay-Trouin*, la *Triomphante*, el *Villars*, el *D'Estaing*, el *Aspic* el *Lynx*, la *Vipere* y los torpederos 45 y 46.

»Hemos tenido seis muertos y 27 heridos, de los cuales 14 son leves. Los buques sólo han sufrido averías reparables con sus propios medios. Una bala abrió la caldera del torpedero número 46.

»Las pérdidas de los chinos son muy considerables.

»Durante la noche del 23 al 24 nos hemos visto asediados constantemente por restos ardiendo, traídos y llevados por corrientes de cuatro y cinco nudos, y además por brulotes dirigidos y por canoas porta-torpedos. Voy á desembarazarme hoy de todos los objetos de esa especie, después de lo cual bombardearé el arsenal.

»No conteis con que salgamos del río Min antes del 29 ó el 30.

»Los estados mayores y las tripulaciones están animados de un ardor á toda prueba.»

El ministro de Marina ha dirigido al almirante Courbet, en contestación al anterior despacho, el telegrama siguiente:

«Recibido vuestro telegrama del 24. El gobierno os expresa, así como á vuestras valerosas tripulaciones, toda su satisfacción por el brillante comienzo de vuestras operaciones, y os envía todos sus votos por su completo éxito.»

La segunda parte de la operación, la destrucción de los fuertes del río, se ha efectuado según posteriores noticias, con los riesgos consiguientes, pero al fin ha podido darse á la mar la escuadra francesa, destruido completamente el principal puerto marítimo chino.

Es probable que ahora el Celeste Imperio se decida á respetar los tratados que firma, mejor de lo que hasta ahora ha hecho.

CARLOS MALAGARRICA.

UN PRÓLOGO

Por creer que nuestros suscritores de la Península y Ultramar leerán con gusto el prólogo escrito por el Excmo. Sr. D. Cristino Mártes, gloria del foro y de la tribuna española, con motivo de la obra publicada por el Excelentísimo Sr. D. F. de la Gándara, teniente general de nuestro ejército, sobre la Anexión y Guerra Separatista de la Isla de Santo Domingo, le copiamos á continuación:

«Como todos los libros en que se refieren sucesos de la vida de un pueblo, éste con que el señor general Gándara ha enriquecido la abundante colección de historiadores particulares de España, no sólo tiene interés porque esclarece y renueva la memoria de acontecimientos gloriosos ó desdichados, que debe permanecer viva en el espíritu de todo buen patriota, sino porque plantea cuestiones importantísimas para el gobierno y dirección de nuestra sociedad en los tiempos presentes, y porque ofrece lecciones y enseñanzas que es útil recordar y oportuno tener en cuenta, ahora que problemas análogos se presentan con frecuencia al estudio y á la consideración de los hombres.

Pensando yo de esta manera, no he vacilado, desde que recorrí las páginas de esta obra y pude saborear sus innumerables bellezas, en reconocer y declarar que es una de las más notables y de las más dignas de leerse atentamente, entre cuantas han visto aquí la luz en los últimos años; aquí, donde por desgracia nuestra son tan pocos los libros buenos que se escriben, y se revelan tan de tarde en tarde el vigor, la lozanía y la originalidad del ingenio, no ciertamente porque pueda decirse que tales prendas falten á nuestros escritores contemporáneos, sino porque rara vez las emplean en empeños dignos de nuestro nombre y propios para acrecentar nuestra fama.

Muéveme esta consideración, antes que otra ninguna, á dar humilde y sincero aplauso y á rendir tributo público de justicia al ilustre autor del presente libro: porque la ANEXIÓN Y GUERRA DE SANTO DOMINGO es, además de un relato interesantísimo de aquel episodio, notable y grave de nuestra historia contemporánea, un trabajo concienzudo y profundo de arte militar y de política. No hay tan sólo en él aquel movimiento, aquella vida, aquel dramático interés, aquella imparcialidad en el relato de los hechos, aquella claridad en su exposición y aquel orden lógico en su desarrollo, que son cualidades indispensables en todos los ensayos históricos; sino que también se distingue y se avalora este libro por el análisis detenido de los problemas que nacen á cada paso y de las cuestiones que á cada momento se suscitan, ya en lo tocante á la guerra misma, ya en lo relativo al gobierno de los pueblos, á su administración y á su estado, que el señor general Gándara examina con una abundancia de doctrina y una profundidad de juicio dignas por demás de toda alabanza.

El autor prueba con esto su competencia en todas las materias que trata, y el detenido estudio que durante muchos años ha hecho de aquellos no bien conocidos sucesos, en los que hubo de intervenir por su fortuna como actor tenaz y valeroso, y de los cuales le han traído su afición, su deber y su empeño á ser historiador ilustrado, diligente y experto.

Bien se vé dónde busca y encuentra el autor de este libro los elementos de su crítica y los motivos de su inspiración y sus legítimas, naturales y autorizadas fuentes: no son ellas otras que el conocimiento de la realidad, profundo, verdadero y exacto, como adquirido por quien le procuró con estudio porfiado y prolijo, dirigido por una atención honda y sincera; y una estimación razonable y sana del estado, del interés y las necesidades de aquel país, donde pasan los hechos que el autor trata, y que fué en estos tiempos, como lo fueron otros países en tiempos más remotos, campo en que se encerró nuestro esfuerzo, teatro en que lució nuestra valentía, y lugar, al fin, en el cual, engendra-

das por nuestros errores, quedaron de nuevo acreditadas nuestras desdichas.

De buen grado emprendería en este instante la obra de justificar mis afirmaciones, examinando los incidentes y pormenores, tan numerosos y variados, que forman la trama de este libro; estimando los hechos que en él se cuentan, y aún apreciando las razones que se dan y las consecuencias á que por esas razones se llega. Me falta tiempo para labor tan árdua, y he de apartarme de un camino que me llevaría á prolijidades molestas para el lector y para mí imposibles; sobre que serían, además, contrarias á mi propio deseo, que se cifra en hacer tan sólo algunas sencillas observaciones, de las cuales, honrándome mucho con ello, ha querido el señor general Gándara que salga precedido su libro.

Pero, en resolución, en esta obra se examina un asunto grande: y he de limitarme á decir lo que de este asunto me parece, visto así en la vaga generalidad de sus líneas y juzgado con aquella serenidad que consienta el caso: pues se trata al cabo de acontecimientos que ayer todavía nos apasionaban á todos; y veinte años de tiempo no siempre ponen toda la distancia que hace falta entre el historiador y la materia de la historia.

El criterio del autor de este libro conviene perfectamente con mi manera de ver las cosas. Tengo por cierto que la reincorporación á nuestra patria de aquella parte de la antigua España que rechazó la dominación francesa y la de Haití, fué un error digno de lamentarse; y aquel error ha sido para nosotros tan fecundo en contratiempos y desdichas, como quizás no debieron imaginarlo nunca los que le dispusieron y realizaron con buena intención, pero con escasa fortuna.

Es indudable que la anexión y el abandono de Santo Domingo constituyen una de las páginas más tristes de la historia patria en la edad contemporánea; y que aun quien se halle animado de mayor espíritu de benevolencia para juzgar esos acontecimientos, respecto de quienes los determinaron y produjeron, no encontrará ocasión para el aplauso, ofreciéndosele motivos repetidos de esgrimir la más acerba censura.

La tendencia de las naciones á su engrandecimiento es el resultado de una ley natural, como la aspiración de los individuos á la prosperidad y á la fortuna. El país que no siente en su seno esas palpaciones, esos anhelos, esos estímulos que le llevan á ensanchar sus fronteras, dilatar su dominio y extender su imperio, es un país que se halla en miserable decadencia y al que falta vigor hasta para concebir propósitos salvadores y alentar ideales de regeneración; es un país de cuyo porvenir se alejan todas las esperanzas, como de su presente todas las dichas, y que verá languidecer y consumirse sus fuerzas por la inacción misma á que las condena. No obsta para que esos ideales se alienten y esos propósitos se conciban, que falte la fuerza necesaria á realizarlos ó que la división de las opiniones políticas impida el desarrollo de una obra nacional; pues sólo el hecho de aspirar á progresos tales levanta y dignifica á los pueblos, que ven, poco á poco, de qué suerte todas sus fuerzas vivas se congregan en torno de la idea común, y cómo en ella se funden y desaparecen las aspiraciones disidentes que la embarazan y entorpecian.

Entiendo, pues, que en todos los momentos las naciones—singularmente aquellas á quienes su historia de una manera especial señala esos grandes objetivos—deben aspirar á engrandecerse y encaminar su política á conseguirlo. Esto es siempre noble y grande y merecedor de alabanza, porque revela profundo y sincero patriotismo, pero aparte de esa dirección general, en la ejecución misma de estas ideas, y cuando llega el momento de expresarlas por hechos, debe el estadista proceder con gran sagacidad y con extraordinaria cautela, refrenando impacencias, si las hay, desvaneciendo impresiones, si existen, rectificando equivocados juicios si vienen con su sombra á anublar la claridad de estos propósitos y la grandeza de estos pensamientos. Hay que distinguir entre la política

de engrandecimiento, que persigue el logro de las aspiraciones nacionales más altas con firmeza y prudencia, y la prudencia de aventuras estériles y desastrosas, que animada exclusiva ó principalmente por el interés de partido, sólo procura al país descalabros y sufrimientos. No ha de juzgarse de la misma manera al hombre de Estado que congrega todas las fuerzas del país y las pone al servicio de una empresa grande que al político para quien las luchas exteriores son medio y forma de resolver las dificultades con que lucha dentro de su pueblo y entre las demás parcialidades que le disputan el mando.

Mirada la cuestion de este modo, es fácil juzgar lo que fué la reincorporación á España de Santo Domingo. No niego yo que en aquella obra hubiese gérmenes de un pensamiento generoso, ni que dejara de ser recta la intencion de sus autores; pero siempre he temido, y despues de la demostración que acaba de hacer el señor general Gándara mi temor se acrecienta y se agrava, que no fuese esa idea inspirada sólo en el propósito de engrandecer nuestro país; que vino á exagerarla de una manera lastimosa, el deseo de satisfacer los intereses del partido unionista; que en su ejecución y en su desarrollo se procedió de una manera ciega, indiscreta y apresurada; porque ni Santo Domingo, habia demostrado de un modo claro su voluntad de unirse á España, ni las ventajas que esa union podia reportarnos, eran notorias, ni superaban á los inconvenientes de una larga contienda en aquellos climas, ni las condiciones en que se encontraban nuestros dominios del golfo de Méjico permitian obrar allí sino de un modo muy cauteloso y circunspecto; y que los hombres en cuyas manos estaba entonces el gobierno de nuestro país, no opusieron á la tenaz habilidad y perseverante astucia del general Santana—de quien no puede conservarse sino un triste recuerdo en España—aquella discrecion y aquella reserva prudentísima que han de emplearse siempre en esta especie de negocios, tan áridos y comprometidos. En una palabra, que la anexión de Santo Domingo no debió hacerse, siquiera el deseo de aumentar en América el poder y la autoridad de España hubiese llevado á los generales O'Donnell y Serrano, que la realizaron, á establecer entre Santo Domingo y nuestro país relaciones más íntimas, dentro de la fórmula que sostiene el general Gándara, que yo creo muy conveniente y que revela el alto sentido político, el patriotismo y la inteligencia de su autor.

Quizás la fórmula aquella hubiese hecho posible la anexión á la larga, excusándonos desde luego los conflictos y los desastres de la anexión inmediata, entusiasta, improvisada é irreflexiva; hubiéramos asegurado en cambio todas las ventajas, algunas ilusorias, otras, aunque pocas, reales y positivas, que los anexionistas decantaron hasta el punto de extravíar la opinion aquí y moverla á que apoyara con su voto una empresa tan funesta y deplorable como ninguna de las que, despues del establecimiento del régimen representativo en España, ha concebido y ejecutado nuestros gobiernos en el desenvolvimiento de su política exterior.

Pero la anexión se hizo, y el yerro quedó firme y ejecutorio para no ser sino el primer paso de una larga serie de faltas que lo agravaron de día en día. También en este punto es razonable y acertada la crítica del señor general Gándara: crítica que merece casi siempre en justicia la política conservadora, y de que en esta circunstancia se hace digna sin duda alguna; porque despues de reincorporado á nuestro suelo el territorio de la República dominicana, lo que allí se puso de manifiesto fué la deficiencia de esa política y su incapacidad absoluta para empresas de tanta complicación y grandeza. Si era cierto que en aquel pueblo se estaba operando un movimiento de adhesión á España, si era verdad que los dominicanos abandonaban sus preferencias republicanas para venir á cobijarse bajo la bandera de la monarquía, ese movimiento debió acogerse aquí con la amplitud de miras, con la expansión de procedimientos que son los propios caracteres de

una política liberal. Fué temerario, y en circunstancias semejantes lo será siempre, oponer á movimientos de ese orden el criterio de resistencia, de suspicacia, que distingue á la política conservadora, política que mengua y menoscaba, y aún por ventura sofoca y ahoga los gérmenes de la simpatía, ó ya visibles ó ya ocultos, impidiendo que broten y se desarrollen y florezcan y se vigoricen y se extiendan en su medio adecuado, en su atmósfera propia, es decir, en el seno ancho, amoroso, confiado, expansivo y fecundo de la libertad.

Jamás en la historia, y ya lo advierte con su habitual tino el señor general Gándara, jamás en la historia se han consolidado semejantes conquistas por otros procedimientos.

Los gobiernos conservadores de España, una vez reincorporada á nuestro territorio la República dominicana, se desentendieron por completo de lo que habia sido y de lo que era, de sus antecedentes, de su historia, de sus aspiraciones, de sus costumbres, de sus necesidades, de su carácter. En vez de atender á todo esto, agravaron el malestar económico y administrativo que sentian nuestros nuevos concidatados; contrariaron su inclinación y sus hábitos privándoles de la tolerancia religiosa, de la libertad de asociación y de su sencillo y equitativo sistema procesal; ya que no aumentaran sus tributos hicieron, por la forma en que se distribuyeron y cobraron, más intolerables las cargas que sobre ellos pesaban; sustituyeron la tiranía de un dictador popular por la de una burocracia complicada y numerosa; con lo cual, dejando tan grave como ya lo era antes el mal en su esencia, le hicieron todavía más duro de llevar y más insoportable por culpa de los procedimientos y de las formas. Aquellos gobiernos no comprendieron que su política debía, sin contrariar las manifestaciones de la vida dominicana, encauzarla y reformarla con lentitud y prudencia: y en vez de proceder así quisieron que cambiase radicalmente en una hora, y que cambiase sin provecho alguno material ni moral para aquellos pueblos. ¿Qué habia de suceder? Del absurdo no nace más que el absurdo. De la política conservadora surgió la revolución.

La lectura de este libro acredita que, supuesto que la anexión de Santo Domingo en España se hubiese hecho de otro modo, que aún cuando fuera evidente fruto de un movimiento nacional espontáneo, el sistema de gobierno que se planteó en aquella nueva dependencia de nuestra patria, habria bastado para provocar la revolución y para levantar como levantó el país en masa contra la autoridad de la reina. Ese es el hecho que el señor general Gándara demuestra de más acabada manera; como fundado en datos más claros y de más incontrastable evidencia. Por tanto no he de insistir en tratar el caso. Me limito á señalarlo; á llamar la atención de todos sobre las advertencias, lecciones y consejos que en él se encierran, y á atribuir á la política conservadora y al espíritu que la informaba entonces—no muy distinto del que hoy, también, al parecer, por desdicha la anima—la responsabilidad de esos acontecimientos terribles y desventurados.

Estalló en Santo Domingo la revolución, y al principio sólo se pensó en vencerla. La parte consagrada á narrar las operaciones militares llevadas á cabo con ese objeto es la más interesante, la más accidentada, la más dramática y la más extensa de este libro. En medio de las desdichas, cuyo recuerdo aviva su lectura, el espíritu se eleva y fortifica contemplando la bizarría y el heroísmo de nuestras tropas, el noble ardimiento y la constancia de aquel ejército, que contra toda suerte de adversidades mantuvo incólume el prestigio de nuestra bandera y el lustre de nuestras armas. Pasan delante de nuestra vista, magistralmente pintadas, las nobilísimas figuras de Arizón, Méndez-Núñez, Buceta, Suero, Hungría, Alberola, los mártires de Guayacanes, los de Guayubin, los de Santiago y tantos y tantos como allí acometieron empresas verdaderamente heroicas, para dar testimonio perenne de que el valor de los soldados españoles se ha acrecentado con el tiempo y de que permanecen inalterables las

grandes cualidades de nuestra raza, para verter su sangre, los unos por la patria natural y la bandera que siempre defendieron; los otros, los dominicanos que nos fueron leales, por la patria adoptiva y por las instituciones á que habian jurado fidelidad y homenaje. En esos retratos y en los episodios á que va unido cada uno de esos nombres, ¿cómo resplandece el patriotismo del autor de esta obra! ¿Cómo brillan su imparcialidad y las dotes de su estilo, reflejo de un carácter entero y recto!

Yo he leído toda esa parte de la ANEXIÓN Y GUERRA DE SANTO DOMINGO con un interés á cada momento más vivo. Es imposible hacerlo de otra manera. Hay en aquellas páginas algo que atrae y conmueve. La marcha de Buceta de Dajabon á Santiago, la de Hungría, la acción de Guayacanes, el sitio de Santiago y los diversos encuentros que allí se verificaron hasta la penosísima retirada de su guarnición; las expediciones al Sur, á Montecristi y á Puerto-Plata, coronadas por el éxito más completo; los angustiosos días de Guanuma y Monte-Plata, cruelmente prolongados por un interés bastardo, que el señor general Gándara condena por elocuente manera, son cuadros que se contemplan con deleite orgulloso ó con melancólica tristeza, y que no olvidará jamás el lector español, sino olvida las glorias y desventuras de su patria y si toma en ellas la parte que al efecto filial hace siempre suya en todas las obras nacionales.

Despues de leer eso y de examinada en su conjunto y en su desarrollo la campaña entera, ¿cómo no vanagloriarse de que siempre, siempre, en toda ocasión y en cualesquiera circunstancias, aún en las más desventajosas, contra un número igual, doble ó triple de adversarios, luchando con las dificultades que ofrece un país enemigo, y que por su topografía suscita todo género de inconvenientes á las tropas regulares; combatiendo con las contrariedades de un clima tropical funesto para los europeos de todas las latitudes: ¿cómo no vanagloriarse, repito, de que allí nuestras tropas vencieran siempre y de que constantemente pusieran en fuga y desarmaran á sus enemigos, apoderándose de sus cañones y de sus banderas y derrotándolos por completo donde quiera que pelearon con ellos? ¿Cómo no lamentar que se derrochara tanto heroísmo, se derramase tanta sangre y se gastaran y perdieran tantos recursos, contados por millones, en una empresa que á la postre habia de resultar infecunda, ya que no desastrosa para la Patria?

Ese es el triste resumen de esa guerra.

Dignos son de censura los que con sus errores contribuyeron á que se provocara; censura merecen los que con su ligereza llevaron el Ejercicio español á aquellas regiones; y acaso incurran en mayor anatema los que luego le obligaron á retirarse antes de que fuera la rebelión definitivamente vencida; todos merecen ser censurados menos aquel Ejército, para sólo el cual ha de guardarse la alabanza: porque en este triste episodio de la guerra dominicana, todos parece que á porfía trabajaron contra el interés de la Patria; todos menos el Egipto que defendió allí, como han defendido siempre las tropas españolas, la honra de nuestra Nación y la fama de nuestro nombre.

No permitieron las malas pasiones de la política que un éxito completo coronase la obra. Antes de vencer á los insurrectos, antes de demostrarles definitivamente nuestra superioridad, el gobierno español decretó el abandono de Santo Domingo. El señor general Gándara reprueba esta medida, que hoy condenará, como él, todo el mundo, y que, á mi juicio, constituye una de las faltas mayores de que el partido moderado es responsable ante la historia, como la vida de la Union liberal fué ciertamente la anexión misma, uno de los errores más grandes.

Despues de la victoria hubiera sido el abandono prudente y digno; el abandono antes de vencer infirió á nuestro crédito una honda herida. La forma en que gobernamos á Santo Domingo nos habia enajenado simpatía y prestigio en América y sirvió para fomentar el descontento, que, andando el tiempo, habia de

obligarnos á una guerra penosa y difícil en Cuba. La manera como abandonamos á Santo Domingo dió á entender allí que no éramos bastante fuertes, ni bastante vigorosos para mantener nuestro dominio en las Antillas. ¿Es extraño que, creyéndonos débiles, una parte de los cubanos se alzara despues en armas contra España, soñando quizás que á la primera contrariedad íbamos á abandonar las posesiones nuevas? Los que procuran atribuir á la política liberal esa lucha y esa rebelion de la Isla de Cuba tienen mucho que aprender en este libro para convenir con nosotros que en los errores del Gobierno conservador, en las impresiones y en las flaquezas de su política, las cuales más y mejor que en otro caso ninguno se revelan en este desdichado negocio de la anexión, guerra y abandono de Santo Domingo, reside una de las causas que más poderosamente debieron influir para que estallara y se prolongase por tanto tiempo la rebelion de los cubanos, cuyas tristes consecuencias han comprometido grandemente la prosperidad y el bienestar de la gran Antilla y aún por ventura los de España.

Pocas palabras para concluir. El señor general Gándara ha prestado á su Pátria un nuevo servicio ofreciéndole en estos dos volúmenes el relato y la crítica de aquellos sucesos, dignos de ser exclarecidos y estudiados. Su narración es metódica y completa. Su crítica atinadísima y bien fundada. Ha demostrado, á mi juicio, de una manera completa que posee verdaderas condiciones de historiador y dotes poco comunes para este difícil arte, uno de los más excelentes y superiores entre los todos lo que componen la literatura de un pueblo.

Los hechos mismos de la guerra que refiere evidencian también su respetabilidad, su prestigio y su fama como militar ilustre, su acendrado patriotismo y su aptitud para el Gobierno. La conducta que desplegó en Agosto de 1863 marchando de Santiago de Cuba á Puerto-Plata para vencer y sofocar la insurrección; el plan de campaña que proyectó entonces y que no llegó á realizarse porque se opuso el General Rivero; su expedición al Medioaia y las operaciones que allí llevó á cabo; su expedición á Montecristi; la que hizo á Puerto-Plata; su proyectada campaña del Otoño de 1864, que la política del general Narvaez le impidió desenvolver, nos le revelan como Capitan experimentado y valeroso, como soldado resuelto y leal, lleno de energía y animado de las más nobles intenciones. La forma en que juzga la anexión y los errores de nuestro Gobierno en Santo Domingo, su actitud tan firme, tan enérgica, tan sensata, frente á las pretensiones invasoras de Santana, que es vergonzoso toleraran otras autoridades españolas; la habilidad con que sostuvo negociaciones diversas, ya con los rebeldes, ya con los haitianos, negociaciones que habrían tenido éxito á no estorbarlo imprevisora-mente el Gobierno de Madrid, y cuyo relato forma uno de los más bellos trozos de este libro; las medidas que adoptó al verificarse la evacuación de la Isla que prueban su pericia y su firmeza; y sobre todo, y más que todo, el notabilísimo informe que redactó en Enero de 1865, casi literalmente incluido en el tomo segundo (1), nos revelan como un hombre político discretísimo, como un estadista de superior inteligencia, como un diplomático sagaz y patriota, en cuyas manos y bajo cuya iniciativa y vigilancia nunca se habrían cometido los errores y las faltas que él mismo con tanto vigor y tanta copia de razones censura.

El elogio que merece el señor Gándara por la forma en que desempeñó aquel difícil mando de Santo Domingo ha de ser mayor todavía teniendo en cuenta las penosas circunstancias en que hubo de ejercerlo. Hallábase al frente de un ejército, á mil quinientas leguas de la Pátria, falto de recursos y de auxilios eficaces, recibiendo órdenes contradictorias inspiradas por los cambios que aquí experimentaba la política, y alguna vez ménos atendido que los rebeldes mismos, ya porque el interés de éstos se viese servido á maravilla por los errores de nuestros Gobiernos como sucedió entre otros casos al ser

rechazada en el Congreso la enmienda del Sr. Silvela; ya porque no se cuidara de que el general en jefe del ejército, que defendía en Santo Domingo la honra y la integridad de la Pátria, conociese antes que Geffard, el auxiliar más eficaz de los insurrectos, y aún antes que los insurrectos mismos, las resoluciones que adoptaba el Ministerio respecto á la futura suerte de aquella colonia, como sucedió al advenimiento al poder del general Narvaez en 1864, cuando se resolvió de hecho el abandono. Si siempre un puesto como el que entonces ocupó el autor de esta obra impone grandes responsabilidades y reclama cualidades no vulgares de talento y de carácter para su desempeño, ¿qué había de ocurrir en las circunstancias á que me refiero y hallándose las cosas como se hallaban?

El señor general Gándara puede abrigar el legítimo orgullo de que reveló esas cualidades. Verdad es que ni la prensa de aquel tiempo, ni los hombres que entonces influían más eficazmente en la política española hubieron de reconocerlo; pero aparte de que el general Gándara se defiende bien y con elocuencia en la última parte de su obra, desvaneciendo todos los cargos que á la sazón se le dirigieron, hay que tener en cuenta un hecho, que será el último que yo cite, de que se desprenden consideraciones importantes. El señor Gándara no tenía detras de sí un partido; antes bien, luchaba con dos en aquella época preponderantes; disenta de los dos, se oponía á las exajeraciones del uno y á los apasionamientos del otro; y como en ningún campo le llamaban amigo ni le consideraban dispuesto á servir ciegamente los intereses y las aspiraciones de parcialidad, de ningún campo se le dirigieron sino censuras acerbadas y cargos injustificados. De esa injusticia hoy apela el general Gándara á la opinión de su país. En 1865 se halló en medio de aquella pugna terrible de unionistas y moderados para sufrir las consecuencias todas del choque de sus pasiones y de la oposición de sus intereses. Ahora, en 1884, reaparece como crítico imparcial de ambas agrupaciones y de sus jefes para decirles: «En aquellos días tristes yo conocí mejor que vosotros cuál era el verdadero interés de mi Pátria y la serví con más tancia y más acierto, aunque sin éxito, porque la fuerza y el poder estaban en vuestras manos.» Y el señor general Gándara puede emplear este lenguaje con justicia y esperar que la opinión reconozca la razón que le asiste y que la Pátria estime el alto valor de sus preclaros servicios.

C. MARTOS.

CAMPOMANES

VIII

Hemos dicho que la Academia de la Historia se había apresurado á abrir las puertas al ilustre asturiano, y ahora debemos añadir que Campomanes infundió con su presencia en la sábia corporación, un nuevo espíritu de laboriosidad. Nombrado al poco tiempo de ser individuo de ella, su presidente, dió inequívocas muestras de su celo, activando á la sazón los trabajos pendientes, mejorando la biblioteca y las colecciones numismáticas con preciosas adquisiciones. Débele el *Diccionario Geográfico*, que por entonces redactaba la Academia, luminosos artículos y muchas mejoras en el plan y disposición de la obra.

La *Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París*, le confirió también el honroso título de miembro honorario, lo cual sirvió á Campomanes para darse á conocer ventajosamente en el Extranjero, pues aquella sociedad científica publicó con aplauso algunas de sus memorias sobre puntos históricos, hijas de la meditación y estudio de Campomanes.

Tan preclaro varón falleció en Madrid en 3 de Febrero de 1802, y fué enterrado en San Salvador. En 1841 fueron exhumados sus restos y trasladados al cementerio de San Isidro. Dispuso en su testamento que se reimprimiesen sus tratados de la *Amortización*, el de la *Industria* y el de la *Educación popular de los arte-*

sanos: acaso estas obras merecían su predilección.

Fué digno é inseparable amigo de Florida-blanca, y, como éste, contribuyó á los adelantos y mejoras de su pátria.

La Academia de la Historia acordó que en sus anales se registrase eternamente el nombre de su sábio director, que tan luminosas huellas de su paso había dejado; haciendo un panegírico no dictado por el espíritu de la lisonja, que aspira á recibir un bastardo premio de sus alabanzas, sino hijo tan sólo de la consideración que inspira el relevante mérito. Esta que pudiéramos llamar oración fúnebre del ilustre Campomanes, fué escuchada en una de las sesiones en medio del aplauso unánime y del asentimiento absoluto de todos los concurrentes.

Gozó Campomanes de notoria influencia y tuvo el singular privilegio de ocupar la atención pública, hasta el punto de que se refirieran diariamente los rasgos más distintivos de tan sábio repúblico, cuya conciencia inmaculada siempre respondió á las inspiraciones de la justicia y del bien, y cuya inteligencia, apartada siempre de los ruidosos aplausos y de los desvanecimientos de la gloria, vivió constantemente en el estudio y la meditación de todos los grandes problemas que se agitaban en su época, en los diversos ramos del saber humano.

Mereció tal respeto entre cuantas personas le rodeaban, que su influjo llegó hasta el ánimo del monarca, que tenía orgullo en ver el trono cercado de tan sábios varones.

Al reunirse las Cortes al advenimiento de Carlos IV para jurar al propio tiempo que á este soberano á su hijo el príncipe Don Fernando, ocupó Campomanes el elevado puesto de la presidencia.

La pintura de tan gran carácter, el retrato de un hombre tan eminente, es obra en extremo delicada y difícil para llevarla á debido término el último entre todos los que se honran con el ejercicio de las letras; Carlos V necesitaba al Ticiano para ser retratado dignamente; ¿cómo ha de poder un incorrecto y desaliñado dibujante delinear una de las figuras más grandes del reinado de Carlos III? Pero consuélanos la esperanza de que estos apuntes puedan servir algún día para que otro inmortal Quintana acometa la empresa de continuar las *Vidas de españoles célebres*, sirviendo estas líneas con datos tomados de acá y allá, para reproducir, con entera fidelidad y vivos colores, las condiciones de aquel gran carácter, de aquella alma pura y de aquella inteligencia clarísima, de quien puede decirse que la parte más filosófica de su vida fué vivir sencilla y tranquilamente.

Con verdadero entusiasmo y diligente afán hemos conseguido reunir cuantas observaciones quedan expuestas, para dar á conocer de una manera acabada la íntegra conciencia, el amor á la justicia, los sentimientos religiosos y el concepto de la vida del eminente hombre de Estado, que estuvo durante toda su vida en lucha abierta con la ignorancia y las preocupaciones de su época, enemiga de toda innovación.

Despues de tan constantes sacrificios como Campomanes realizó durante su vida, bajó á la tumba en los momentos en que veía á la nación más enflaquecida que nunca, entregada á un poder ignorante y al borde de un abismo, el cual había de ser cegado á costa de los mayores sacrificios y de las virtudes patrias más heroicas.

Aún pudiéramos delinear más rasgos de esta majestuosa figura; quédense para el biógrafo que acometa este difícil trabajo: estos apuntes son una gota de agua en el inmenso Océano de las publicaciones; pero hemos expuesto, aunque con desaliñada forma, varias de las cualidades de Campomanes, cuya figura puede afirmarse que no pertenece á una sociedad, á una nación, porque ha tomado asiento entre las figuras de todos los hombres que han ilustrado al mundo.

Hoy que las conquistas de la civilización han arrojado ya todo el golpe de la luz sobre las cuestiones que la mente de los sábios se proponía iluminar, declarándolos vencedores en el mismo terreno en que ellos no lograron el apetecido laurel.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

(1) Páginas 450 y siguientes.

La economía en el siglo XIX

COLONIAS Y PROTECTORADOS

V

Llevados de un espíritu de humanidad, y siguiendo las ideas del siglo en que vivimos, vamos á exponer de una manera concreta los intereses de los pueblos, y en especialidad de esos que gimen bajo el peso de una potencia extraña.

Nosotros no comprendemos el alarde de civilización que algunas potencias hacen en la cuestión de colonias y protectorados.

La verdadera civilización y progreso de un país, no consiste en someter á la bruta fuerza á otro que, por su escasa milicia ó por el atraso en que se hallen, no tengan más remedio que someterse en contra de su voluntad ó intereses; en contra de lo primero, porque es imposible que un pueblo que tenga una escasa ilustración, carezca de pundonor, y á más, por la diferencia de razas, caracteres, costumbres y temperamentos; y lo segundo, porque á más del infringimiento que se hace de los derechos de nacionalidad, explotan de una manera íncua y ambiciosa lo que la Providencia le concedió para su bienestar y felicidad.

La colonia no debe de existir, porque debe ser considerada como una provincia de Ultramar, y, por lo tanto, tienen los mismos derechos y franquicias que las provincias de las demás naciones: de este modo, podríase ayudar mucho á los emigrados que salen de su patria por escasez de trabajo. Los que han nacido en uno de esos terrenos que se le ha dado en llamar colonias, como es natural, no les gustará que lo que ellos tienen, y que con sumo trabajo sostienen, se lo lleve una nación que no le concede derechos y sí algunos, escasos, y que por pura vanidad ó explotación, mantienen un país sumido á una voluntad que no es la suya y á un yugo que le agobia y sujeta: pues bien; esos hombres no pueden nunca mirar como hermanos á aquellos que, aunque tan desgraciados como ellos, pertenecen á la madre patria, haciéndoles todo el daño que puedan, y, por lo tanto, la propiedad y los derechos individuales no son, no pueden ser respetados, concluyendo por fin con una guerra sangrienta, bárbara que desangra á la agricultura, industria y comercio, quedando ambos débiles, faltos de fuerza y expuestos á las consecuencias probables de una guerra extranjera.

Muchos ejemplos de ellos hemos tenido, no solamente nosotros, sino casi todas las naciones europeas: en una época de grandeza y florecencia, las aguas que de las costas de América venían á las nuestras, traían el beso cariñoso de una hija para una madre; más tarde, esas mismas aguas, que antes azules cruzaban tan gran extensión, vinieron mezcladas en sangre y nos dejaron oír el grito de maldición.

A nadie culpese de ello, á nadie échesele la carga pesada de la pérdida de una de las perlas más preciosas de la corona de Castilla, sino á todos en general, por haber querido dominar como déspota y señor, en vez de ir como hermano cariñoso llevando entre las manos la insignia preciosa de nuestra religión.

Mas á qué recordar hechos pasados; dejemos que la convaleciente España descanse sobre los verdes laureles de pasadas glorias. La negra venda que en aquellos tiempos cubría los ojos de nuestros antepasados, ha caído, y la suple la luz esplendorosa del progreso moderno.

No es posible que en el siglo XIX se permita el robo de un pueblo, que feliz ó independiente cumplía el destino que Dios le había impuesto.

El protectorado es un absurdo, y sólo se comprende si es que el país protector, es tal protector, que le abra camino á sus riquezas, que le compre los productos ajenos en su suelo, que le lleve los braceros necesarios para las faenas á que se dediquen, y que bajo su bandera respete el Mundo á un pueblo, que el día de mañana podrá con orgullo levantar su cabeza y mirar de frente á la civilización.

Los protectorados deben existir siempre que la parte protegida esté conforme, sin necesidad de hacer uso de la fuerza; sino que la diplomacia, la justicia y rectitud que el país protector emplee sobre el protegido, sería á nuestro humilde modo de ver la mejor seguridad de mantener ondulado sobre sus fortalezas el pabellón de una nación humanitaria y amante del progreso universal.

Así de este modo se concluirían los abusos y la tiranía sobre esos desdichados países que necesitan de un apoyo, y ambos pueblos tratarían de que el lazo más dulce, y á la vez el más fuerte, los uniera, el comercio: el protegido tiene en sus campos ciertos productos que el protector no tie-

ne, y vice-versa; pues al hacer el tratado, en el cual el primero quedase reunido al segundo, se consignase que ambos países deben entregar ó importarse unos á otros los productos de que carezcan, á un precio relativamente bajo, sin pérdida para los agricultores ó industriales; de esta manera quedarían todos con lo que les hiciese falta.

Digamos en uno de los artículos anteriores, que la esclavitud es la perdición de mucha parte de la riqueza y representa un atraso grande. El hombre nació para ser libre cuál el ave que cruza los espacios, y las fieras que residen en los desiertos no; no se concibe error tan grande; el hombre que tiene un corazón como el que más, y que en su mente puede cruzar ideas, ¡quién sabe si de interés para la humanidad! se le cohiba, se le sujete, dejándole siempre sumido en el más completo abandono, sin ilustración, sin saber siquiera que como hombre es igual á los demás, y que por la razón de justicia y de derecho tiene un puesto en la sociedad, el cual se le usurpa y se le sumerge en el más profundo de los abismos, la ignorancia; sin la libertad que el hombre necesita, no puede la sociedad desarrollarse, y, por lo tanto, es necesario que goce de ella, sea cual fuere su raza.

Hay un punto en el que se deben fijar mucho las emigraciones; éstas provienen de la falta de dos elementos esenciales y base de la economía y de la sociedad, el trabajo y el capital; ¡ay! multitud de familias abandonan sus hogares sin saber dónde dirigir su planta; recuerdos de felicidad, memorias gratas y pensamientos tristes, todo se agolpa en su imaginación al salir de su amada patria, y dejar los aires que en un día mecieron su cuna: en esto debemos pensar todos y en los protectorados, debemos fijarnos para que aquellas tierras acojan á los huéspedes hasta que el trabajo vuelva, y entonces, con el corazón lleno de alegría y de agradecimiento hácia el suelo que les acogió, vuelvan á su amado país desde donde la miseria les arrojó.

Nosotros, España, es quien más que nadie necesita poner cuidado en esto, porque por desgracia no hay hombres que expongan sus capitales, y á más, las pocas ganas de trabajar: allá en lejanas regiones, y en un emisferio distinto al nuestro, las aguas bañan á unas 1.300 islas, que cual canastos de flores, nos brinda su rica esencia: en ellas existen vastos y frondosos bosques donde jamás el hombre puso su pié, y por cuyas verdes ramas el sol introduce sus rayos, multitud de vistosos pájaros de carne exquisita pueblan sus aires, y profusión de ricos peces moran en sus aguas: en esas islas en donde debemos cifrar nuestras esperanzas, ayudando á los emigrantes españoles á ir á ellas, cediéndoles tierras que hoy sólo están pobladas de arbustos, riquísimos por la fertilidad de su suelo, y que mañana quizá si se sigue la idea de la emigración á Filipinas, se convierta en hermoso vergel: si el gobierno de la que en otra época fué dueña del Mundo, se cuida algo más de las atenciones de los españoles, si así sucede, entonces enjugad vuestras lágrimas, porque sin salir de vuestra patria, hallareis un refugio, como el puerto lo es para el buque que huye de las furias de la tempestad.

¡Pobre España, tú que fuiste la que llevastes en tu augusta mano la rienda del Mundo, verte hoy humilde y olvidada como la perla, que después de haberla sacado de los abismos del líquido elemento, vuelve á ser arrojada en los fondos de los mares!

RAMON DE SANJUAN.

García Gutierrez

Casi era ayer... A la puerta del Español deteníase lujoso carro fúnebre; detrás una multitud conmovida; dentro, el cuerpo desmayado de un atleta, las cenizas de un genio... La multitud tuvo de pronto un recogimiento solemne; algo muy grande, algo así como un *Excelsior* sublime, levantó los corazones... Allá, en lo alto, asomado á un estrecho balcón aparecía el rostro doliente de un hombre venerable; el anciano, trémulo y lloroso, extendió el brazo y dejó caer un pedazo de papel blanco; el papel estaba lleno de renglones iguales, y el último terminaba con una frase sencilla y tieraa: *¡Hasta luego hermano!*

Era el ¡adiós! de dos inmortalidades; la despedida de García Gutierrez á Ayala.

Desde aquel día, el grande anciano no ha vuelto á ser actor ante sus fieles muchedumbres; cuando se ha hablado de poetas insignes, de españoles gloriosos, se ha citado, como siempre, su nombre; pero de

aquel cuerpo que contenía la llama, de aquel barro que encerraba lo divino, se sabía poco, casi nada... Ha sido necesario que la muerte viniera á decirnos: Allá, en aquella casa, en aquel rincón de Madrid, tenía su nido de paz el águila rendida.—

¡Qué grandiosa, qué castiza, qué clásica, qué española figura ésta de García Gutierrez!

Quitad á Fernandez y Gonzalez, que viene de la misma cepa, y puede decirse que ha acabado la genial prosapia de los poetas castellanos.

García Gutierrez y Fernandez y Gonzalez son los últimos caballeros andantes de nuestra poesía nacional. Son nietos de Cervantes, hijos de Calderon; es decir, son sublimes, desordenados, brillantes, á las veces trágicos, á las veces cómicos: lloran, rien, se levantan á las alturas de lo épico, descienden á las placideces del lirismo, juegan festivos ó cáusticos con el mordaz epigrama, y siempre con la luz en la frente y la serenidad poética en el alma, guardan en todo empeño la altiva continencia del satisfecho y poderoso atleta, que aún tiene más fuerza y aún puede emprender más... Génios de una pieza; cabezas de Júpiter, conformadas para lo grande y lo bello, para lo tierno y lo trágico, para amar como Cisne á Leda, como fiera á Europa.

García Gutierrez, con no ser más grande que Ayala y Fernandez y Gonzalez, y poco más que Harzenbusch, tiene, sin embargo, que ser colocado en lugar aparte, en un lugar donde sólo cabrán el duque de Rivas y Zorrilla.

Sin quererlo acaso, tal vez sin pretenderlo, tal vez por llegar á buena hora, viene á ser como el tribuno de la revolución romántica.

El duque de Rivas tiene más plasticidad; con ser altamente lírico, es profundamente natural; Harzenbusch es más correcto, es más ordenado, tiene extremadas puridades de estilo; Zorrilla es más fluido, más sonoro, más dueño del color; Ayala tiene por encima de todos el secreto de la línea; Tamayo sabe como ninguno el camino de las entrañas; Ventura de la Vega es maestro en el movimiento, en la acción; pero ¡ah! García Gutierrez es el que en un momento tiene el primer arranque, el que vislumbra, el que presiente, el que desafía al presente y somete al porvenir, el que le dice á Calderon: despierta, y á Moratin: ¡descansa de tu provechosa, aunque insuficiente, labor!

La aparición de García Gutierrez, es la vuelta al Siglo de Oro... Borrada su nombre; borrada aquella noche de gloria en que Mendizabal arroja al pobre poeta su licencia de soldado; suprimid aquel delirio que produce *El Trovador*, y habreis acabado con cuarenta años de maravillas dramáticas.

En aquella hora ejercía terrible ministerio de crítica el inmortal y despiadado Larra; y Larra, como el peregrino de Judea, sólo tiene después de una sátira amarguísima una palabra de duelo. Todo lo hallaba triste, y su pluma se movía ya como un cuchillo, ya como un bisturí... Fué necesario que cantara *El Trovador*, para que sonriera aquel espíritu sombrío.

Es de ver cómo desenarca el ceño aquel crítico adusto, que era, sin embargo, un espíritu delicado y sensible.—Larra se alegra al fin, saludando á García Gutierrez. Ya era hora—dice—ya era hora de que nuestro teatro saliera del estúpido repertorio de esas obras con doble título y con tanta lógica, como si digéramos: *El Buey suelto bien se lame, ó el peñón de Gibraltar*.—Figaro saluda en el soldado poeta, la esperanza de días mejores... García Gutierrez la colmó.

Los periódicos vienen llenos de noticias biográficas y bibliográficas.

Estas son un asombro: arrojan más de setenta títulos de otras tantas obras; ¡setenta obras dramáticas! ¡qué fenómeno de poesía, en tiempos tan repletos de prosa!—aquellas revelan lo de siempre: oscuridad, trabajo, gloria, dolor en el cuerpo, frío en el alma.

García Gutierrez ha cumplido en todo como poeta español; fué fecundo y dejó á la aventura la labor de su vida. Así le vemos estudiante y soldado, poeta y progresista, emigrado en América, diplomático en Italia, hacendista en Londres, y Archivero en Madrid. Su más imprevista aventura fué su entrada en la Academia. Había escrito para la gloria, y un día se encontró con que le llamaban á la calle de Valverde, para hacer Epitomes de Gramática y Ortografía. García Gutierrez acudió, que él era cumplido

caballero, mas con él llevóse su vieja musa de soldado-poeta.

Su discurso de entrada no es el reglamentario farrago, lleno de estulteces eruditas: es un canto en prosa; es un estudio sobre la poesia popular.

Fué un modo de decir á los señores de la calle de Valverde:— ¡ Con quien vengo, vengo!

García Gutierrez sigue hasta los últimos años de su vida, guardando estrecha semejanza con los antiguos géneos solariegos... Aquellos, en los dias posteriores, cuando la hora de las vigorosas inspiraciones era pasada, y llovía nieve sobre la frente, y en el alma se hacia el grave silencio, buen compañero de la austera meditacion, solian entregar á Dios el pensamiento y el cuerpo al religioso sayal; así esperaban la hora de morir, tranquilos y olvidados.

García Gutierrez, nacido en tiempos de costumbres nuevas, no se recogió bajo las tunicas sagradas; pero, en medio del bullicio y estruendo del mundo, en medio de revoluciones y catástrofes, cuando todo era ruido y exaltacion, él como un *santo laico* encerróse en su hogar, y allí mirando de léjos las tristezas sufridas y las glorias conquistadas, con los ojos puestos en prendas amadas, hijos graves y nietezuelos revoltosos, ha esperado la muerte—la muerte que esta vez, como en el dia de Ayala, debería traer la verde rama mitológica... El laurel de inmortalidad.

La sugestion hipnótica y el derecho

Se sabe hoy positivamente que la voluntad, como todas las demás facultades humanas, experimenta ciertas presiones contra las cuales es impotente para luchar; que se doblega no solamente ante los ataques de la enfermedad ó de la locura, sino que es tambien dominada á veces por agentes misteriosos, cuya accion está aún mal definida, y cuyo mecanismo es poco conocido: el hipnotismo en el estado de sueño ó de vigilia, y el sonambulismo natural ó provocado artificialmente.

Sobre este tema ha leído Mr. Jules Liegeois, profesor de la facultad de Derecho de Nancy, ante la Academia de Ciencias morales y políticas de París, una Memoria que ha publicado con el siguiente título: *De la sugestion hipnótica en sus relaciones con el Derecho civil y el Derecho penal.*

Todo el mundo conoce, al presente los admirables experimentos sobre los histéricos que ha llevado á cabo Mr. Charcot. No los ha inventado él ciertamente, pero les ha dado su nombre.

La sugestion hipnótica, va más lejos. Mr. Charcot no opera más que con enfermos ó con dementes; y Mr. Jules Liegeois afirma, que pueden efectuarse los experimentos con personas que tengan perfectamente sanas sus facultades intelectuales. No obstante, da á entender que es preciso que estas personas tengan el sistema nervioso desarrollado de una manera particular.

No hay necesidad de dormir las: la hipnotizacion que se les hace experimentar, les deja el aspecto de personas perfectamente despiertas; pero el magnetizador, que bien por sus pases, bien por la fijeza de la mirada ó por cualquier otro medio práctico, les ha sumido en este estado extraño, se ha apoderado de su voluntad, ó más bien sustituido su voluntad propia á la suya.

Mr. Jules Liegeois, que es un grave profesor, afirma haber hecho estos experimentos por sí mismo; no es en este asunto un simple testigo que haya podido dejarse engañar por falsas apariencias. El mismo ha sido el magnetizador, y, segun parece, es imposible toda mixtificacion.

Por lo demás, no son nuevos estos experimentos. Taine habla de ellos en su magnífica obra de *La Inteligencia*, y los trabajos del doctor Liebeaut sobre este particular han franqueado el pequeño círculo de los sábicos iniciados en estos estudios, y han entrado en la circulacion de las ideas corrientes. Pero esta vulgarizacion no impide que aterre el relato de alguno de los experimentos que consigna M. Jules Liegeois. Como abogado y jurisperito, ha estudiado la cuestion bajo un punto de vista particular.

Con ayuda del hipnotismo, se puede sugerir á ciertas personas un acto que se desea que ejecuten, y este acto lo llevan á cabo en el estado de vigilia. ¿Cuáles son las consecuencias jurídicas de esta verdad, que hasta ahora no se habia revelado?

Hé aquí uno de los casos que relata monsieur Liegeois:

«La señora O..., es una jóven muy inteligente; ha recibido una excelente educacion; resiste en un principio á toda sugestion que la coloque fuera de la verdad de los hechos pero despues se manifiesta poco á poco la vacilacion, y, finalmente, se impone á su voluntad vacilante el pensamiento ó el acto sugerido.

»Le sugiero la idea de que me debe mil francos; añado que deseo tener un pagaré firmado por ella. Se resiste y argumenta: jamás le he prestado nada, y nunca reconocerá una deuda que no existe.

»Insisto, y la vacilacion aparece; muy pronto se hace la luz y la conviccion se reforma. La memoria vuelve á la señora O...; reconoce ante testigos, que mi préstamo es verdadero, y firma el pagaré siguiente:

»Pagaré el 1.º de Enero próximo á M. Liegeois, ó á su órden, la cantidad de mil francos, valor recibido en efectivo.—Nancy 19 de Diciembre de 1883.—Vale por mil francos.—Firmado, O...»

«El *vale por* es de letra de la deudora, como exige la ley francesa. Este pagaré seria valedero ante cualquier tribunal, porque la señora O... es mayor de edad.»

M. Liegeois ha variado en diez maneras diferentes este singular experimento. Ha llegado hasta ofrecer á un notario el enviarle una persona que firmaria en su notaria, por sugestion hipnótica, una escritura cualquiera, por ejemplo, un poder.

«Podreis estudiar muy atentamente, le dijo, el estado neutral de este cliente, sus ademanes, su apariencia exterior. Le hareis todas las objeciones que os dictaria en semejante ocasion, y para un acto de esta especie, el deber profesional, y enseguida me direis sí, no habiendo sido prevenido por mí, hubierais creído deber prestar vuestro ministerio á la persona que lo hubiera requerido en esta forma.»

El notario aceptó en un principio, pero despues se vió acometido de ciertos escrúpulos y se negó á prestarse á semejante experimento, cuyo resultado debía ser el hacer sospechoso el valor de los más auténticos instrumentos públicos.

No se ha limitado á esto M. Liegeois. Ha sugerido á personas hipnotizadas por él declaraciones sobre un crimen imaginario, y estas personas han descrito la víctima y el asesino. Se les ha presentado este asesinato y lo han reconocido y acusado, y si la cosa hubiera ocurrido ante un tribunal, el hombre acusado por estas personas, hubiera sido infaliblemente condenado.

Aún ha ido más lejos, y por raro que sea este último experimento, es preciso creer en él, porque se ha repetido ante el ilustrado periodista Jules Claretie, que lo ha relatado en una de sus crónicas de *Le Temps*. Monsieur Liegeois ha sugerido á una hipnotizada la idea de envenenar á su marido ó á su hermano. La hipnotizada les ha alargado el vaso en que creía que habia veneno, y ha manifestado un extremo placer al ver beber al supuesto envenenado. ¡Y, sin embargo, no dormía! Estaba en estado de vigilia, pero su voluntad no le pertenecía. Obraba bajo el imperio de otra voluntad que se habia sustituido á la suya.

Lo más extraño es que, una vez libre del hipnotismo, no recordaba absolutamente nada de lo que habia dicho ó hecho; pero recobraba este recuerdo por entero si se la volvía á sumir en el mismo estado.

¿Qué queda, despues de esto, de la famosa teoria de la *unidad del yo*? Y Mr. Jules Liegeois, que es más bien un jurisconsulto que un filósofo, se pregunta á su vez: ¿Qué nuevos aspectos ofrece ahora la persecucion de los crímenes?

DISCURSOS

LEIDOS EN LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA PARA LA RECEPCION PÚBLICA DEL ACADÉMICO ELECTO, DON FRANCISCO JAVIER SANTERO VAN-BAUMBERGHEN, EL DIA 15 DE JUNIO DE 1884.

(Conclusion)

«*Si quieres, Cerdo, engordar, come con hambre y bebe vagar.*»

Es decir, que no comamos ni bebamos sin que nuestro organismo haya expresado su necesidad por las sensaciones espontáneas que se llaman hambre ó sed; y que la introduccion de la bebida se haga reposadamente y en cantidades regulares, para no alterar el jugo gástrico ó inutilizar su accion digestiva. Mas no es solamente el agua el líquido con que el hombre

templa su sed, sino que, desde Baco, segun la mitologia, pagana, ó Noé, segun la sagrada Biblia, hace uso la humanidad, con gran contentamiento de una gran parte de ella, del jugo extraído de la uva, y que, bajo el nombre de vino, determina tan diversos y extraños efectos en el organismo.

El vino es, en verdad, una espada de doble filo, que lo mismo produce beneficios que desgracias, acciones heroicas que crímenes, obras de arte ó idioteces.

Si ya este trabajo no fuera demasiado largo; podría, en efecto, disertar ámpliamente sobre la accion del vino en la economía; lo que en serio y en sátira sobre él se ha escrito; sus héroes y sus victimas; sus detractores y sus apasionados; más, como no es mi propósito abusar de vuestra benévola atencion, doy por admitido al vino como una bebida comun, y siguiendo el curso que me he trazado, recorreré los adagios que sobre su uso han aparecido:

«*Media vida es la candela, pan y vino es la otra media.*»

«*Con pan y con vino bien se anda el camino.*»

¿Quién duda, en efecto, que el calor es una necesidad para la vida? ¿Quién puede negar el placer de una atmósfera templada, que hace equilibrar las acciones térmicas del organismo? A tal punto considera el vulgo importante la calefaccion, quizás porque sea el que más ha podido apreciar la inclemencia del frío, que se vale además del siguiente dicho para expresarlo:

«*Ande yo caliente y riase la gente.*»

«*Más bale sudar que no estornudar.*»

Calor, pan y vino, llenaban las necesidades ó eran la esperanza del que, tal vez aterido, cansado y hambriento, expresaba, con el adagio anteriormente citado el deseo de un hogar humilde, pero templado por algunas ramas recién cortadas, que alumbraran con su ondulante llama la modesta cena compuesta de pan y vino.

Arriero, peaton ó soldado, fué quizás el que se expresaba en la forma que indica el que sigue al anterior.

Pan: el alimento del pobre, tal vez el primero de la humanidad; y *vino*: agente tónico general que corrige los malos efectos de ciertas aguas, que aumenta el calor por el desdoblamiento de sus principios azucarados, que retarda la descomposicion orgánica, que ayuda eficazmente las digestiones, que apacigua el hambre, como ya dijo Hipócrates, *Famen vini potio solvit*, que reanima las fuerzas gastadas en el trabajo y alegra el animo, como dice Horacio: *Facunde calices quem non fecere desertum.*

«*Agua no enferma ni embeoda ni adeuda.*»

«*Do entra el beber sale el saber.*»

exclaman los enemigos del vino.

En efecto; el vino tomado con exceso puede llegar á producir los males que auguran los anteriores refranes, como no determinados por el agua.

Primero la embriaguez en sus distintos períodos, desde el alegre y decididor por la excitacion ligera del sistema nervioso, hasta la abolicion completa del sentimiento, de la inteligencia y de la voluntad.

Más tarde el hábito difícil ó imposible de dominar, que cada vez se enseorea más del individuo, pues

«*Al borracho fino ni el agua basta ni el vino.*»

qué conduce poco á poco á la embriaguez habitual y al alcoholismo crónico, y como tristes consecuencias á la vagancia, el juego y el crimen.

Sin embargo, como todo tiene un término medio en la vida, estos inconvenientes que el abuso engendra no podrán abolir las ventajas que el vino, en justa medida, proporciona á la digestibilidad de los alimentos y á la nutricion en general, como ya á la ligera he indicado, y que se expresa en los siguientes adagios:

«*A mala cama colchon de vino.*»

Porque, en efecto, la alegría que el vino produce en su accion primera sobre el sistema nervioso, ayuda á pasar los trabajos y las vigilia.

«*Tras el melon, de vino un porron;*»

porque esta fruta tan aguanosa y otras sustancias de difícil digestion, necesitan la accion excitante del vino sobre las glándulas pépticas para facilitar su digestibilidad. Por análogas razones expresa otro refran:

«*El arroz, el pez y el pepino, nacen en agua y mueren en vino.*»

Pero los alimentos y las bebidas necesitan hallarse en ciertas condiciones para que llenen el objeto á que están destinados, mediante su transformacion en el aparato digestivo. Y así se dice:

«*Puerco fresco y vino nuevo, cristianillo al cementerio.*»

«*Agua fría y pan caliente, no hacen buen vientre.*»

«*Pan de ayer, carne de hoy y vino de año, traen al hombre sano.*»

Tres adagios que encierran verdades incontables.

La carne de puerco, siempre poco digestible, encierra peligros para la salud cuanto más fresca es, y mucho más comida cruda. Aparte de desarrollar el *tenia solium*, produce una serie de accidentes graves, descritos con el nombre de butulismo, y que los higienistas han atribuido, ya al ácido cianhídrico, al osi-acético ó al piro-leñoso; ya á alcaloides ó ácidos grasos, ó ya, se-

gun Levy, á la trichina, enfermedad limitada, hasta hace poco, á algunas provincias alemanas y á los Estados-Unidos, y hoy extendida por todo el mundo, y hasta por España, donde se han publicado algunos casos, y recientemente uno encontrado en uno de los cadáveres destinados á la sala de disección de la Facultad de Medicina de Madrid.

Los malos efectos del agua muy fría, descritos se hallan perfectamente por Guerard (1). A esta baja temperatura congestiona activamente, por reacción consecutiva, la mucosa del estómago, lo que ha de producir calambres, vómitos, dolores cólicos; y si el estómago estaba á la sazón vacío y el cuerpo caliente por una marcha ú otras circunstancias, esta congestión puede ser tan rápida y enérgica que determine hasta un síncope mortal.

Así murió Luis X de Francia en Vicennes.

Tampoco el pan caliente es bien digerido; y Belquerel lo atribuye á que, por su blandura, no es bien masticado. El pan contiene una enorme proporción de fécula. La digestión de los feculentos empieza en la boca, en cuyo órgano la diástasa salival ha de operar la transformación de la fécula insoluble en dextrina soluble. Y esta primera fase de la digestión feculenta, cuyo tercer acto la lleva á cabo el jugo pancreático en el intestino, es tan necesaria, que el pan sobre cuya sustancia no ha obrado ampliamente la saliva, es mal tolerado por el estómago. Por eso el duro es mejor digerido, porque obliga á más larga masticación y la insalivación es más completa.

Por último, con razón aseguran los proverbios antedichos como dañoso á la salud el vino nuevo.

Los vinos, cuya elaboración no pasa de cinco á cuatro meses, son indigestos y desprenden gran cantidad de ácido carbónico, produciendo cólicos y acedias. Según Levy, para que el vino sea potable necesita tener por lo menos un año; los vinos cuanto más añejos tienen más alcohol, son más fortificantes y mejor digeridos.

Por eso se ha comparado el vino á la amistad:

«Que ambos dan placer divino, y ambos ganan con la edad.»

Y el vulgo dice:

«Amigo viejo, tocino y vino añejo.»

Recorre el ser humano la senda que traza su existencia; llega á la cumbre, pero el sol va declinando, y es fuerza descender, por triste que sea; y conforme vamos descendiendo, el crepúsculo va siendo cada vez más confuso, demostrando que en este descanso le aguardan las eternas sombras de la muerte. Entra el hombre en la vejez, y hasta en marcar su sello es el vulgo sábio. No caracteriza esta última etapa de la vida la cana, que puede ser prematura, ni la caída de los dientes, que puede ser accidental, no:

«La cana engaña, el diente miente la arruga quita la duda.»

La arruga es, en efecto, el verdadero sello que imprimen en el organismo los años; y no se puede disimular. Por esto dice también otro proverbio:

«Quien de viejo engorda dos mocedades goza.»

En esta época crítica de la vida, la organización, que se desmorona, se asemeja en la deleznable de su estructura á la organización que se cimienta. Fuerza es redoblar los cuidados, como forzoso era en los albores de la vida, y ciertamente no faltan consejos vulgares que á la vejez atañen:

«Viejo que se cura, cien años dura.»

«No le quiere mal quien hurta al viejo lo que ha de cenar.»

Es una verdad inconcusa que la primera condición que ha de satisfacer una digestión buena, es que el trabajo digestivo precedente haya terminado por completo. El estómago necesita, como el que más de nuestros órganos, un tiempo de reposo para poder funcionar normalmente. De aquí la distribución de las comidas como una necesidad higiénica; y tan importante, que, en mi sentir, el excesivo número de afecciones gástricas reunidas bajo la clave de *dyspepsias ó gastralgias*, clave que encierra numerosos y variados desórdenes orgánico-funcionales de este aparato, se debe en primer término al desarreglo en las horas de comer, lo que explica perfectamente por qué hay tales diferencias en la estadística comparativa de enfermedades de los órganos digestivos entre las grandes ciudades y los pueblos rurales, así como el por qué estos desórdenes sean propiedad de las clases acomodadas y tan rara vez se presenten entre los proletarios.

Las comidas deben hacerse á las horas fijas y determinadas.

Según algunos higienistas, deben ser éstas dos durante el día, con cinco horas de intervalo. Según Béquesel, no debe mediar entre comida y comida menos de cuatro horas ni más de cinco.

De estas comidas, la más abundante debe hacerse en el centro del día; porque, además de que la acción de la luz solar y el ejercicio moderado favorecen la digestión, hay el inconveniente de que, como el sueño

profundo es una función perturbadora de la digestión, y la digestión lo es del sueño, una de dos; ó ha de dormirse tarde para aguardar cuatro ó cinco horas después de la comida, haciendo noche del día, ó ha de dormirse poco.

Cuando entre la comida y el sueño no queda el tiempo que ya hemos asignado, éste es corto, agitado con ensueños fatigantes, pesadillas, opresión de pecho y pesadez de cabeza al despertar.

La digestión, por su parte, no se completa; de modo que ni el alimento nutre por mal digerido, ni el sueño repara por agitado.

Por eso la cena, hecha sobre todo en las condiciones citadas, es anatematizada por el vulgo con varios refranes, como

«Más mató la cena, que sanó Avicena.»

«Más vale un no cena, que no cien Avicenas.»

Y por eso al viejo, cuyas digestiones son más lentas por su falta de dientes para la masticación y por la debilidad creciente de sus funciones, cuyo cerebro se congestiona fácilmente, y que, como toda persona débil, tiene una tendencia irresistible al sueño después de una comida abundante, sueño del que, como el que produce el frío excesivo, puede no despertar, *«No le quiere mal quien le hurta lo que ha de cenar.»*

No estamos del todo conformes con el adagio

«Cuanto más viejo más pellejo;»

pues aunque, en realidad, por la acción que el vino ejerce en el acto digestivo, del que es poderoso ayudante, ha de acentuarse más su necesidad en el viejo por todo cuanto llevamos ya expuesto, y así se dice que

«El vino es la leche de los viejos.»

no ha de ser hasta el punto que su uso degenera en abuso, produciendo los efectos de la embriaguez, aún más repugnante en una edad que debe servir de ejemplo por su moralidad y más dañina en un organismo ya debilitado.

Como corolario final y regla higiénica corriente á todas edades, tiene el vulgo la siguiente frase:

«De cenas, penas y Magdalenas, sepulturas llenas.»

Frase profundamente filosófica, que encierra en breves palabras la etiología de todas las enfermedades crónicas, cuyo desarrollo, oscuro infinidad de veces á la investigación clínica, causan la desesperación del médico pensador.

Abuso y desarreglo en las comidas.

Afecciones morales.

Desórdenes venéreos.

No he de insistir más acerca de la nociva influencia que en la salud ejerce el mal uso del alimento y de la bebida. ¿A qué médico puede ocultársele? Constantemente tenemos que luchar, y cuantas siendo vencidos, con lesiones profundas de nutrición y alteraciones de la sangre, fruto del desorden de la gula ó del sibarismo.

¿Quién puede dudar tampoco del estrago que en el organismo causan las afecciones morales? Nadie, y menos el médico. El médico, que es verdaderamente el que recoge las víctimas de las batallas sociales; los mutilados por la rueda del carro de la fortuna. Hoy existe verdaderamente una enfermedad *sui generis*, manifestada con tal profusión que llega á constituir una epidemia, que no respeta clase social y con la que riñe rudo combate la ciencia todos los días. Especie de *oidium* que carcome y marchita la pulpa nerviosa, y que ya se presente en forma de reblandecimiento cerebro-espinal, ataxia loco-motriz-histerismo, manía en sus múltiples formas, locura, etc., sólo tiene un nombre: *mal de mundo*.

La vida moderna, á trueque de sus ventajas, á que no he negar yo mi humilde hurra, tiene graves inconvenientes. Se vive más de prisa, pero se vive menos. Rotas las vallas del deseo, halagado por el dios Exito, mirando sólo al gladiador triunfante y no contando las víctimas sacrificadas en la lucha, todos nos sentimos aptos para llegar, emprendiendo la vertiginosa carrera de la ambición, que produce la rabia y el desaliento en los que quedan atrás no menos que en los que alcanzan la meta. ¡Cuántos han muerto, como el célebre Espartano, al pronunciar la palabra *vincimus!*

Este modo de ser, este choque de pasiones, este contraste de esperanzas y desengaños, gasta y aniquila el sistema nervioso, acorta la vida, y lo que es peor, la hace amarga por las enfermedades.

«Blanca me hicieron las penas, que yo negra era.»

dice la cana que adorna la mustia frente del joven valedudinario.

Penas, dolores y desengaños atestan las salas de nuestros hospitales y manicomios; arrebatan nuestra juventud y producen el aterrador guarismo que en la estadística llenan los suicidios y la criminalidad.

Punto por demás escurridizo es el tercero del axioma vulgar: los peligros que los desórdenes venéreos, traducidos por la palabra *Magdalenas*, acarrear al organismo.

Todo animal tiene su época de celo; el instinto les marca la necesidad, y obediente á su ley, recorren la órbita de su vida con una regularidad envidiable.

El hombre dueño, no sé si por desgracia ó por fortuna, de su libre albedrío, confunde las más de las ve-

ces el deseo, la necesidad y el vicio, y llega á crearse una serie de necesidades ficticias, excitadas por incentivos falsos, que le estragan y abrevian su existencia.

He de prescindir aquí de la idea moral, si hay en realidad diferencias entre la moral; pues, para mí, la moral es la higiene del espíritu, como la higiene es la moral de la materia, puesto que ambas tienen por objeto la dirección de las funciones para el perfeccionamiento; y sólo he de ocuparme, á la ligera, del desarrollo de este último punto del proverbio. El mal uso de las funciones sexuales, como que no son más que continuación de las de nutrición, altera profundamente el organismo; tanto perturbando las nerviosas por las repetidas congestiones, excitaciones y pérdidas del fluido nervioso, como las nutritivas, determinando en especial la tisis en sus diversas formas. Las funciones intelectuales también se debilitan y extravían, y una vejez precoz aniquila antes de tiempo un organismo lozano, privándole de los mismos goces que el deleite sueña. El deseo engendra el deseo, y excitaciones falsas impelen á satisfacer apetitos desordenados, que nunca se sacian.

Por eso dice el vulgo:

«Deja la injuria un mes, y ella te dejará tres.»

«Si quieres llegar á viejo, guarda aceite en el pellejo.»

No son los desastres que en el organismo produce el abuso de los goces sensuales, el único escollo en que se estrella la vida del libertino; si que también, hija de estos placeres ilícitos, nació una enfermedad, terrible, verdadero Proteo por las formas que reviste, que deja huella indeleble en nuestro organismo, y lo que, aún es más triste, que, como la ley mosaica en la que los pecados de los padres recaían sobre los hijos, lleva su acción desorganizadora sobre el ser inocente engendrado por su germen infecto, perturbando la tranquilidad del hogar y creando una raza de escrofulosos y raquíticos.

Bien comprenderéis que me refiero á la sífilis, hija del desenfreno y la suciedad, que como la gota de aceite mancha más los objetos que están debajo que aquellos en donde cae.

La templanza, el uso moderado de todas las funciones del organismo, son los mejores medios de gozar vida tranquila y sana, alcanzando el término natural que tiene marcado en su escabroso derrotero.

«Si quieres vivir sano sé viejo temprano.»

dice sábiamente el vulgo.

«Curarse en salud.»

añade en otro de sus consejos, que

«Quien no adoba gotera hace casa entera.» y

«Más cura la dieta que la lanceta.»

Hasta aquí la higiene individual; para terminar este trabajo voy á ocuparme de los refranes que se refieren á tres puntos, los más importantes; de la higiene colectiva.

La influencia del medio cósmico, la higiene preventiva de las epidemias, y la aclimatación.

Desde que el ser es lanzado de la vida del claustro materno al exterior, un agente natural le envuelve y le penetra por todas partes; agente más imprescindible para la vida que el alimento mismo. Este es el aire.

Agente que, al par que sostiene la vida por la penetración de su oxígeno, fija en el glóbulo rojo meced á la oxmosis pulmonar y conducido á los más recónditos resquicios del organismo por la incesante oleada circulatoria, es origen á veces de graves trastornos patológicos.

Plus occidit aer quam gladium, decía Pringle.

«Más mata el aire que Marte.»

dice nuestro vulgo.

En efecto; ese aire que nos rodea, ¿á cuánto estudio no se ha prestado y se presta por parte de la higiene?

En él se llevan á cabo los grandes fenómenos térmicos, eléctricos y luminosos. El interviene con sus oscilaciones en la difusión de los elementos que se le adicionan, producto de los actos de la vida del globo, para que resulte siempre la mezcla del oxígeno y del azoe en la proporción de 78,6 del segundo, 21,4 del primero. Él aspira el agua en vapor, para más tarde condensarla en forma de nieve ó de lluvia, y producir los torrentes, los ríos, las fuentes y los lagos. Pero en él también se acumulan sustancias extrañas, que, ya en forma de polvos inorgánicos, ú orgánicos, ya en gérmenes ó seres microscópicos, producen las infecciones y las epidemias.

Obediente al cambio que en la temperatura del mundo produce el movimiento giratorio sobre su eje y el rotario alrededor del sol, sufre desniveles térmicos diarios y periódicos ó estacionales, que, impresionando de diverso modo nuestro ser, pueden determinar diferentes afecciones. Peligro que se acentúa más en los cambios bruscos, efecto de causas accidentales.

No fatan, ciertamente, proverbios que expresan la acción atmosférica en todos los meses del año.

«Agua de Enero, todo el año tiene tempero.»

(1) Guerard: *Memoire sur les effets des boissons froides.*

«En Febrero mete tu obrero, pan te comerá, más obra te hará.»

«Agua de Marzo, peor que la mancha en el paño.»

«Sol de Marzo hiere con mazo.»

«Si Marzo vuelve el rabo, no queda oveja con pelleja ni pastor enzamarrado.»

«Abril y Mayo llave de todo el año.»

«Agua en Mayo, salud para todo el año.»

«Mayo pardo, Julio claro.»

«Hasta el cuarenta de Mayo, no te quites el sayo.»

«Más vale agua entre Mayo y Junio, que los bueyes, el carro y el yugo.»

«Agua en Agosto frío en el rostro.»

«Setiembre, más que Setiembre es se tiembla.»

«Setiembre ó lleva los puentes ó seca las fuentes.»

«Por San Lucas mata tus puercos y tapa tus cubas.»

«Por Santa Catalina coge tu oliva.»

«En Diciembre, leña y duerme.»

Y aunque es cierto que la mayor parte de éstos se refieren á las faenas agrícolas, pueden admitirse como higiénicos; por que se halla tan relacionada la vida del hombre con la de los demás seres orgánicos, que lo que á éstos beneficia á él le favorece, y lo que á los otros perjudica á él también le daña.

No caben en los estrechos límites de una Memoria académica todos los temas que abraza el adagio enunciado. A él se refiere el estudio de las influencias térmicas, eléctricas, lumínicas, químicas y de prevision, que tan vasto horizonte tienen en la ciencia moderna, relacionada con ellas. La resistencia al frío y al calor, los climas, las constituciones médicas, las endemias y la epidemiología con sus encontradas doctrinas; el saneamiento de los terrenos, de los pantanos, de las poblaciones, de los cementerios y de los demás establecimientos públicos; la acción del aire confinado y la desinfección; la higiene del taller, las cuarentenas, el alumbrado y calefacciones domésticas y públicas; el trabajo escolar, la presión del aire; estos y tantísimos otros forman los grandes problemas para cuya árdua solución se engolfan en la observación y la experiencia millares de inteligencias, satisfechas, como el gusano de seda, si logran añadir una hebra al esplendente manto de la ciencia.

Tarea inmensa, ajena á mi propósito y superior á mis fuerzas, sería desarrollar cuanto abraza los enunciados, dimanados todos del adagio que encabeza esta sección de mi Memoria en lo relativo al aire.

Las epidemias ocupan también la atención de la muchedumbre, para las que establece el axioma siguiente:

«Huir de la pestilencia con L. L. L. es buena ciencia.

L. L. L., que significan luego, lejos y largo tiempo.

Pronta huida, larga ausencia y tarda vuelta.»

Consejo prudentísimo, consignado en las conclusiones de las conferencias internacionales de Viena y Constantinopla, y en toda obra que de epidemias trate. No hay medio preservativo más seguro cuando amenaza una epidemia á una población y empiezan esos primeros síntomas que reciben el nombre de casos, y son como los petardos que suelen anunciar las convulsiones políticas: ellos anuncian las epidemias, en que conviene alejarse del punto infestado. Mas, para que la emigración sea provechosa, ha de seguirse al pie de la letra lo que el adagio canta. Debe salirse de la población luego, es decir, antes que la epidemia se acentúe; porque, de lo contrario, los que huyen, no sólo no se libran de la acción del agente morbigeno, sino que se expresan á llevar la epidemia á las poblaciones donde emigran, en sanando los horizontes de la enfermedad. Debe emigrarse lejos; porque las epidemias suelen extenderse también, como las manchas de aceite, invadiendo los lugares comarcanos, y nada habrían conseguido con la fuga. Y además permanecer largo tiempo despues de haber cesado el peligro; porque, en virtud de esa ley fisiológica del hábito, tantas veces citada en mi discurso, llegan á adquirir los individuos de un lugar epidemiado cierta inmunidad para el agente productor, que va también decreciendo en fuerza y actividad; inmunidad que no existe en los que no han sufrido la influencia del medio epidémico, corriendo el riesgo los recién venidos de ser las últimas víctimas inmoladas á la voracidad de la epidemia, ahogándose en la orilla. ¡Cuántas veces se han recrudecido aquéllas por la vuelta prematura de los que, con su marcha, se consideraron libres del peligro!

«La tierra do me criase, démele Dios por madre.»

En efecto: nueva madre es la patria que con tales lazos liga; y á veces, el alejamiento de los lugares donde se nació llega á producir una enfermedad moral, inexplicable, que se llama *nostalgia*, capaz de causar la muerte. Hecho que evidencia, como tantos otros, las relaciones de lo físico con lo moral, y el dualismo humano.

Sin embargo, unas veces la codicia y otras la necesidad, obligan al hombre á abandonar los lugares donde se nació, donde balbuceó su primera oración, donde recibió el primer beso de su madre ó imprimió en otros labios el primer ósculo de amor. De tal modo se imponen la necesidad ó la pasión.

La codicia en brazos de la suerte se arroja al mar, la ira á las espaldas y la ambición se rie de la muerte

A pesar de todo, el alma tiene que impresionarse por necesidad al alejarse de la patria. Tal vez en la última mirada que lanza el navegante á las costas del país de que se aleja, venga á endulzar lo amargo de la lágrima que rueda á confundirse con la estela con que marca su rumbo la nave, la esperanza del regreso.

De todos modos, al cambiar de país, al mudar de clima, no sólo existen las impresiones morales, sino que todo el organismo va á recibir sensaciones nuevas, cambiando por completo sus hábitos y su manera de funcionar. La aclimatación es un nuevo nacimiento, una nueva vida, y para que los órganos no padezcan son necesarias ciertas reglas y condiciones.

«Qui va piano va sano é lontano.»

dice un adagio piamentés, país emigrante por excelencia. Y en efecto; la higiene preceptiva, para que la aclimatación se efectúe, que ésta se haga por etapas sucesivas, no de un modo brusco y repentino. La ley del hábito, propia de los seres vivos, hace que éstos soporten las modificaciones de los agentes que los impresionan; más, para que tengan lugar la adaptación, que pudieran llamarse *habitación*, preciso es que se cumplan las leyes que al hábito rigen, que son *constancia y regularidad* en la repetición de las impresiones. Sin estos dos factores, se habituarán los organismos privilegiados, pero sucumbirán el mayor número.

Nuestro mundo envejece; la hora de Europa ha sonado en el reloj de los tiempos, como sonó la del África altanera y la del Asia sensual. Ese sordo murmullo que en las últimas capas de la sociedad que siente, esos siniestros clamores que por do quier se levantan, no son más que ligeras chispas del fuego que ruge bajo la montaña, y que, si no le dáis expansión, se abrirá salida, haciendo añicos al coloso que le abrumba. Ese malestar social obedece al desequilibrio entre el producto y el consumo; somos muchos para nuestra casa y no cabemos en ella. A esta ley suprema han obedecido, en lo que pudieramos llamar fisiología social, todas las invasiones, todas las conquistas. Por ella nació Egipto, cuna de las matemáticas; por ella vivió Grecia, cuna del arte; ella fundó Roma cuna del derecho; y Cartago, cuna del arte náutico. Ella guió las naves de Vasco de Gama, Colón y Américo, para que de las brumas de la nada surgieran nuevos mundos que borrasen para siempre el *non plus ultra* del atlas gigantesco.

Por esa ley es Inglaterra la nación marítima y colonizadora por excelencia. No es la ambición la que la lleva á exponer sus tesoros y la sangre de sus hijos en aventuradas expediciones y colonizaciones temerarias: es la necesidad. Colocada sobre una montaña de carbon, no produce su suelo sino combustible para encender las calderas de sus vapores y hierro para cargar sus cañones.

El buitre se moriría de hambre en el picacho de su nido, si no tuviese en la ladera seres dispuestos para servirle de presa.

Pues esta necesidad se va sintiendo ya por toda Europa: la densidad de las poblaciones aumenta; la lucha por la existencia aviva las pasiones; vive, le grita el instinto al hombre, y falta de medios para acallar este grito, ha de escoger entre el crimen ó la expatriación.

La emigración es una necesidad; pero es preciso que esta necesidad deje de ser lo que es hoy.

A la trata del negro ha sucedido la trata del blanco; ya no se compran y venden esclavos; pero se contratan emigrantes que, seducidos por promesas engañosas, abandonan sus hogares para ser los párias de su patria adoptiva, regando con su sangre los bosques vírgenes de la América, que defienden sus riquezas con el letal veneno telúrico.

Esta explotación del hombre por el hombre debe cesar. El honor del siglo lo reclama.

Ocupense los Gobiernos de tan transcendental cuestión, y establezcase un código internacional de emigraciones, como le hay para la guerra y las epidemias.

Perdonadme, si quizás me he extendido en este punto más de lo que quisierais, á trueque de mi buena intención; y siguiendo el hilo de mi discurso, os diré que el vulgo tiene también otro refrán respecto á la aclimatación que encierra otra verdad científica.

«Múdale el aire al viejo y te dará el pellejo.»

Con recordar lo que es la aclimatación, se explica la razón de esta sentencia. En efecto; no basta la aclimatación lenta y progresiva: es preciso tener en cuenta que, siendo ésta el cambiar de hábito, será tanto más factible el cambio, cuanto menos habituado se halle el organismo al clima donde vive; sucediendo lo contrario en el orden inverso. Por eso la aclimatación es más posible en el niño y el joven que en el hombre hecho, y casi imposible en el anciano.

¿Quién fué el maestro que tantas verdades ha ido coleccionando en la memoria del vulgo? El mismo lo dice: «La experiencia, que es madre de la ciencia.»

He terminado, señores Académicos, la tarea que me impuse. Creo haber demostrado que el vulgo tiene un código higiénico, en el que se plantean y envuelven ca-

si todos los problemas que la ciencia aquilata y depura. Los adagios, proverbios ó refranes, son una colección de piedras toscas sin valor alguno para el que no sepa apreciarlas; pero que forman un inmenso tesoro para el que sabe descubrir, bajo la tierra que las disfraza, el fino brillante que constituye su fondo. Sólo falta para que tengan valor pulirlas.

He aquí la conclusión práctica que me propuse sacar de mi discurso.

La poesía, y no extrañéis que incluya el refrán formando parte de ésta pues, por su pensamiento, por su rima, más ó menos perfecta, y su metrificación, la mayor parte de ellos lo merecen. La poesía, digo, con su carácter metafórico, sus brillantes imágenes, sus licencias, y sobre todo con el ritmo de su metrificación, congénito con la admirable estructura de nuestro órgano auditivo, tiene el privilegio de sobreexcitar nuestras pasiones y grabar, de un modo casi indeleble, los sentimientos que nos inspira.

Aristóteles decía que la poesía era más importante y más general que la historia, porque ésta nos muestra lo que han hecho los hombres y aquélla lo que debían hacer. Y como prueba de ello, dice este insigne filósofo: «¿Cuán útiles no son los buenos poetas?» Orfeo ha enseñado á los hombres á detestar los homicidios. Museo los ha instruido en el arte de curar sus enfermedades. Hesiodo les ha manifestado el modo de cultivar la tierra, en las épocas de la sementera y de la recolección de las cosechas. Y el divino Homero, ¿por qué creéis que ha adquirido tanta gloria y fama imperecedera, sino porque les ha enseñado cosas tan necesarias como ordenar los ejércitos, armarlos é infundirles el valor y la constancia?

Por eso se valieron de la poesía los primeros legisladores que se propusieron moralizar á los hombres, cuando el arte de fijar la palabra por medio de la escritura no era aún conocido; y por eso continuaron usándola aún despues de la invención del alfabeto, siempre que se ha tratado de infundir en los hombres el sentimiento de las grandes acciones, y los más importantes sobre todo de la salud y de la religión.

Todos los pueblos se han servido de la forma poética para ilustrar al pueblo ó eternizar sus glorias.

Cuando, merced á los trabajos emprendidos en Oriente, empezó la tierra á ser removida, y Persia, Nínive y Babilonia, cubiertas por el polvo de los siglos, resucitaron, se encontraron, entre sus grandiosos restos, inscripciones en todos los edificios de tan populosas ciudades.

No conociendo el papel ni el pergamino, ni aún al principio el papiro, que sólo crecía en los pantanos de Egipto, eternizaron su historia, su filosofía y su ciencia, en el granito con que construían sus edificios y en el mármol con que los decoraban. Cada pórtico, cada fachada, los postes de sus numerosas y gigantescas columnas, los dinteles y jambas de las puertas y ventanas, los frisos, los muros y techos de las habitaciones, los obeliscos y demás monumentos destinados al ornato público, y hasta las necrópolis y sarcófagos, formaban otras tantas hojas de sus perennes archivos. Los asirios, sobre todo, no satisfechos con esculpir en el frontispicio y en el interior de sus edificios todo género de inscripciones, las grababan hasta en los mismos ladrillos destinados á la construcción; como si hubieran querido perpetuar la memoria de sus hechos más allá de la duración de sus colosales monumentos, con los que, al parecer, se habían propuesto desafiar la destructora acción de los siglos. Y, sin embargo, fueron sepultados y pasaron sobre ellos siglos y siglos, quedando para siempre en el olvido, si una cruzada de sabios no les hubiese redimido para ilustrar la historia. Las sombras de Darío, de Nabucodonosor y de Siro vagaban por aquellas soledades, viendo con gusto que á los bárbaros conquistadores que arruinaron su pasada grandeza sucedían conquistadores pacíficos que buscaban ruinas para estudiar en ellas olvidadas glorias (1).

Pues en esas inscripciones se hallan máximas higiénicas de gran valía, en forma análoga al verso griego aforístico.

En forma de versos daba sus resoluciones el oráculo de Delfos.

En forma de versos se conservan los aforismos de Hipócrates.

En forma de dísticos los célebres de la Escuela de Salerno.

Y donde quiera que estudiemos la historia, nos encontramos que la poesía ha sido el medio empleado para la educación de los pueblos en la infancia.

Pues si la infancia en la humanidad es como la humanidad en su infancia; si la historia de todos los pueblos nos enseña el medio de fijar las ideas; si la metrificación graba con más insistencia los pensamientos en nuestro cerebro, y si la higiene es punto tan esencial para la vida del individuo y para el bienestar de los pueblos, ¿no sería conveniente que por el Gobierno ó por esta Corporación se abriesen concursos para premiar el mejor refranero higiénico para enseñanza de

(1) Cavanilles.

los niños? En la actualidad, todas las naciones civilizadas desarrollan su actividad para coadyuvar á esta idea que, nacida en Inglaterra en 1878 bajo el nombre de *Folk-Lore* ha sido acogida con entusiasmo tal, que en Palermo, bajo la iniciativa de Pitre, se establece el *Folk-Lore* italiano. En Suecia se constituye para la instrucción del pueblo; en Grecia se publican sus cantos populares; en el imperio ruso, *Rusia revelada por los cuentos del vulgo*. Y en España, aparte de los refranes de Juan Sorapán de Rieros, para todo género de estudios, y del P. Sbarbi, y de la colección del Comendador Hernán Ponciana, comentados por Malfara, se han fundado recientemente centros dedicados á la recolección de refranes dichos y adagios, constituyendo el *Folk-Lore* andaluz, al frente del que se halla D. Alejandro Guichot y Sierra; el extremeño, por D. Luis Romero y Espinosa; el castellano, por el Sr. Olavarría, y el gallego, por Doña Emilia Pardo Bazán. Por último, aparecerá muy pronto la *Melusiné*, bajo la dirección de M. M. Rolland y Faidor, que aspiran á crear el *Folk-Lore* universal.

No debo abusar por más tiempo de vuestra indulgencia; empero, antes de concluir, debo explicación de mis, acaso para muchos, inmodestos deseos de pertenecer á esta ilustre Academia.

La causa de este poderosa impulso que he sentido, estriba en que, desde algún tiempo, vengo presenciando de brazos cruzados la lucha que en nuestra ciencia, como en todas las esferas de la política; del derecho y de la religión, tienen trabada el materialismo y el espiritualismo.

Por todas partes se oyen voces siniestras, clamor de guerra, y el ruido de zapa con que trabajan los que se han dado á sí mismos la consigna de borrar el pasado y demoler lo actual, para reconstruir sobre bases nuevas un mundo de soñadas felicidades.

Estamos en uno de esos períodos históricos en que la humanidad, como un océano tempestuoso, se revuelve desde los abismos y levanta sus encrespadas olas amenazando á los cielos, á los que no llega su mugiente cólera.

Cayó el cetro de la tradición; y, al hacerse añicos, cada cual ha tomado un pedazo para hacerse rey. A la dominación del génio ha sucedido el reinado de las medianías; rompióse la unidad científica, y surgieron pequeños reinos dominados por tiranuelos.

De aquí la inseguridad en los principios, la volubilidad de las ideas, la inmensa serie de doctrinas que aparecen y desaparecen como las de un panorama. ¡Mas qué importa reinar un día con tal de reinar!

La ciencia médica española no existe con carácter propio como antes de ahora. Sólo vive nuestra generación de las ideas que nos traen, ya en los vientos de ultra-Pirineos, ya los de ultra-Rhin, humillando nuestra inteligencia á las teorías extranjeras, de las que sufrimos una imposición vergonzosa, sin obtener ninguna de sus ventajas.

Así no podemos seguir. Los españoles, que han sido siempre soldados de la inteligencia, no es honroso que permanezcan arma al brazo el día del combate. De continuar en semejante servidumbre, caeríamos en el menosprecio y el olvido, que es la triste muerte de todo pueblo ó generación que no ha sabido conquistar y conservar una página en la historia.

No temo tan grande mal para nuestra España: ella ha sabido en los momentos de mayor postración, por un esfuerzo galvánico, elevarse á las más altas glorias, y ella conquistará, como en otros tiempos, el puesto de honor que la corresponde entre las naciones cultas.

Esperamos que esta época sea transitoria y breve, porque las tormentas y las inundaciones no duran mucho tiempo.

El torbellino arranca la yerba, desgaja los árboles, pero se estrella en la roca de granito: agarrémonos á la roca, y dejemos que pase el torbellino.

Esta roca es la verdad, verdad que, como el sol, puede quedar oscurecida por densas brumas, pero que, cuando éstas se disipan, reaparece con más fulgor y más radiante brilla.

A esta docta Academia, representante de la tradición progresiva, que ni ametralla el presente ni borra el magnífico cuadro del pasado; iglesia donde se congregan los que han sabido con su trabajo é inteligencia conquistar un nombre respetable, incumbe el imperioso deber de dirigir y encauzar las corrientes científicas para que sean fértiles, y así lo viene haciendo.

Vengo, pues, con el mejor deseo, aunque desconfiando de mis fuerzas, comparadas con las vuestras, á jurar en ella mis banderas. Entusiasta por las glorias de mi patria, vengo á ofrecer mi pequeño esfuerzo á los que, como vosotros, trabajáis con fé y entusiasmo para que llegue el día en que nuestra patria figure por su doctrina propia en el gran mapa de la Medicina contemporánea.

He dicho.

DESPUES DE MUERTO

Entre el doblar de las campanas, detengámonos un momento á contemplar esta figura que pasa. Ayer enlutábase el templo de las artes; lloraban los poetas... Hoy, en la iglesia fría, clama el órgano, se lamentan los bronces y los tonsurados entonan sus respuestas sombrías.—Sin embargo, medita un punto: ¿de qué lado cae el gran duelo? ¿Hacia qué tumba se inclina la inmortalidad?—Tristes tiempos los nuestros; ríndese el laurel eterno á artistas y guerreros, y ¡ay! apenas si una hoja les es ya discernida á los altos representantes de Dios.

O esta sociedad ha roto con sus tradiciones, ó es que la tradición está incomunicada con la sociedad. Tal vez sea aquello, acaso esto ¡quién sabe si ambas cosas!—El espe tículo debe de poner mucha amargura en los buenos creyentes... Un cardenal muere, y en esta sociedad revolucionaria, no hay un sacudimiento de dolor... Todo sigue marchando, la ola humana continúa revolviéndose, y apenas si espíritus filántropos se detienen en su labor para lamentar la desaparición del hombre.

En este frío social, solo vienen á recordarnos los duelos de la iglesia, esas voces metálicas que de los altos campanarios salen, para apagarse en el hervidero incesante de la ciudad...

Realmente hay para meditar ante tales contrastes. ¿Es que ya la sociedad ha renegado de Dios? ¿Será que materializada por la lucha diaria y pesimista, por los rigores del dolor de cada hora, los hombres de estos días han vuelto la espalda á cuanto fuera en otros tiempos amado?

También pudiera ser que los representantes de Dios hubieran llevado todo ese frío á las entrañas de esta sociedad.

Fijémonos en el varón ilustre, en el purpurado que hoy yace en paz.—Es una singular figura. Tiene á su devoción los difíciles artes, no de gobernar los espíritus, sino la tierra. Es rico en justicia; suavísimo en el tacto; discreto en el discurso; insinuante, atractivo, político y cortés en el mundo; gentil-hombre en los régios Palacios... La púrpura convenía bien á la gravedad de su persona; pero ¡ah! la púrpura, en temperamentos tales, es una cota de batalla; en aquel cuerpo y para aquel carácter de refinada diplomacia y de positivista sentido, hubiese amoldado mejor el uniforme de un ministro... De este desequilibrio entre la púrpura y el hombre, puede venir otro más profundo: el de la Iglesia y la sociedad.

¿Es que la sociedad no vé? ¿Es que la sociedad no distingue estas ansias que trabajan al sacerdote, al fin rendido en la lucha interior, y al fin dado á dialogar, más que con la Jerusalem mística, con los poderosos del mundo?

Volvamos al exímio prelado que hoy duerme para siempre. Su virtud no flaqueó, no sintió las tentaciones de Pedro, pero en el fondo, vedlo con cuánta terrena debilidad interviene en las crisis; preside asociaciones políticas; tiende una mano al turbulento carlismo y otra mano al liberalismo regalista y constitucional; ya predica la Cruzada contra Italia para salvar la religión, ya acude á las quejas de ministros y hombres fuertes, y arroja de su cátedra á un religioso elocuente, culpable ¿de qué? Acaso de fanatismo; pero el fanatismo, ¿no es la fiebre de la fé?—Vedlo todavía apacentando el místico rebaño. ¿Cómo cura de su salud? Todo es soledad en los sagrados lugares; falta á cada parroquia su legítimo pastor; el servicio de Dios hállase encomendado á pobres ecónomos, y el esplendor fáltale al culto y los prestigios necesarios fáltanle al sacerdocio.

En esto aún vemos al purpurado preocupándose con exceso de las cosas del mundo.

Fresca está y palpitante la cuestión de los nuevos enterramientos.

El positivista y el político aparecen á cada paso; conferencias, diálogos, resistencias, pactos... y aún el asunto de la bendición déjase en pie el venerable. Su muerte sigue sirviendo las repugnancias que el vivo sintiera á dar al nuevo cementerio la bendición.

Fuera de todo esto, ¿dónde vemos al purpurado? Es pródigo para el dinero de San Pedro; ejemplar en las virtudes y en los afectos de familia; pero ¡ay! la mano arzobispal que ha trazado sentidas pasto-

rales, no ha logrado separar del hambre y del frío á esa banda de niños pordioseros que recorren las calles de Madrid; ni con las sublimes frases en que pidiera la libertad del Papa, se ha extendido á la hora del drama de Santa Coloma de Farnés, pidiendo en nombre de Cristo una palabra de perdón.—Los mismos esclavos de Cuba, los libertos de hoy, los libertos de mañana, ¿qué átomo de su libertad deben á los purpurados?

La sociedad no es descreída, la sociedad no es impía; y si la sociedad no llora con lágrimas copiosas á su Pastor, es que há tiempo el Pastor y la sociedad caminan divorciados—es que há tiempo la túnica de Cristo se viste en los talleres y en los campos, y allá en los palacios de cardenales y obispos, parece como que se ha aposentado, no la religión suave y divina, sino el poder con su sabor á tierra y sus ansias demasiado humanas.

Pero, ¿qué importa? Ni la sociedad, ni la religión sufren con ello quebranto... Mañana, las calles de Madrid se llenarán de pompas fúnebres; parecerá que ha muerto un rey, y este fausto, para un discípulo de Cristo, parecerá extraño, y á muchos los hará murmuradores de la cristiana humildad...

Sin embargo, la cruz permanecerá siempre en pie para los hombres tristes; y cuando la Iglesia, ya algo fría, pudiera quedar desierta, todavía confortará las almas ver á una luz breve y trémula, allá en el fondo, el cuerpo desnudo y azotado, los brazos rígidos, y siempre abiertos, del que murió escarnecido... y aún no ha acabado de morir.

PLEAMAR Y BAJAMAR

I

Era la tarde serena,
Más que gloriosa alborada:
Una belleza que llora,
Los corazones que sangran,
Nuevas auroras prometen,
Doble vida es la que manan.—
Era la melancolía
De una tarde triste y santa,
Cuando Hélios se despoja
De su flamigera tiara,
Y entre la vida y el sueño
Nos parece que divaga,
Sumiendo séres y formas
En indecisión extraña.
El mar perplejo le llora...
¿Pensando que muere...? ¿O canta...
Para ayudarle a dormir
Columpiándole en sus aguas?
Nubes de oro purpurino
Los horizontes cerraban,
Cual flotantes pabellones
Rico tálamo de plata.
No eran aquellas las sombras
De la noche que empezaba,
Sino la que deja el astro
En la pupila encantada
De la tierra, el gran Atlántico...
O más bien la huella diáfana,
Gloriosa estela del día
Sobre las nocturnas alas.
Aun me parece que vuelvo,
Pero sólo con el alma,
A vivir aquella hora
En mis recuerdos estática.
Luce entre las más risueñas
De mi alegre y libre infancia,
Como en el valle de flores
El manantial que las baña.

II

Mi padre estaba con migo:
Él gemía, yo lloraba,
Por intervalos besándonos
Yo sus manos, él mis lágrimas,
Animábamos la altura
De una roca solitaria,
Santo pedestal entonces
De la fé, de la plegaria.
Presa de temor más alto
Volvíme á ver las montañas
Que en alpestre cordillera
Se extendían á mi espalda,
Presintiendo que la hora
Les había dado un alma:
Y en verdad que parecían
Más extensas y más altas...
Y aún las vi seguir subiéndolo
Y que impacientes se alzaban
Para ver algo imprevisto
Que los cielos preparaban;

O por cima de la ingente
Y diamantina muralla
Que el más allá nos esconde
Dirigir una mirada,
A lo lejos la floresta
Sus mil conciertos apaga,
Cierra sus brillantes flores,
Sus grandezas anonada,
Desvaneciendo contornos
Y dintornos de esmeraldas
En las ondulantes nieblas
Que por do quier se levantan.
Deja perder en las tintas
Del crepúsculo más pálidas
Su animado siempre-verde
Símbolo de la esperanza,
Y las sombras siempre-vivas
De sus más hojosas ramas
En las sombras de la noche,
Imágenes de la nada.
Parecía inmenso nido
De terrores y fantasmas
Que del silencio yacían
So las negras plúmbeas alas.
El océano cubría
Las arenas de la playa,
Y ni un alción, ni una vela
Por su inmensidad cruzaban.
Et decía en lo grandioso
De su unidad soberana
Que se estaba preparando
Para hablar con Dios y el alma,
Recordando aquellas horas
De la vida en la mañana
Cuando el lector solamente
Sobre su abismo incubaba.

III

El último rayo ardiente
La cabeza iluminaba
Del anciano venerable
En adoración:—Posada
Así nos pinta el milagro
Sobre el hombro del patriarca
La mano que Cristo muerto
De su cadalso desclava
Al hondo inmortal suspiro
Que Francisco orando exhala.
Sí, parecióme que el sol
A mi anciano acariciaba,
Que nunca le vi más bello
Ni más del cielo su alma.
Y aunque mucho le quería
Y en él aún me apoyaba,
No temí que en aquel punto
La muerte me lo quitara;
Ni me atreví a no querer
Que en envidiable eutanásia
Volase a buscar coronas
Que aquí en mi mano no estaban...
Y el mar subiendo seguía
Cual pecho que se dilata
Cuando aspira ávidamente
Emanaciones balsámicas.
Ya sus imponentes ondas
Nuestra piedra circundaban,
Y aún no temblé: yo sentía
Que el piélago me abrazaba,
Que eran besos sus espumas
Viniendo a buscar mis lágrimas.
Ni la propia muerte entonces
Tan de frente contemplada
Turbó mi es, iritu absorto
Al sentir que un Dios pasaba.
¡Pasaba Dios! Lo decía
Secreta voz en mi alma
Y aquel llorar sin querer
Cuando el placer me embargaba;
La boca del sabio anciano
Queriendo hablar, y sin habla;
La tierra en la sombra hurtándose
Como Eva atribulada
Al sentir por vez primera
El pudor de su desgracia;
El astro rey prosternado
Al besar las orlas santas;
Y el mar subiendo, subiendo
Las portentosas espaldas
Como para dar apoyo
A las divinas pisadas.

IV

Pasó el momento inefable
De tanta vida y dulzura,
Como todo lo que place,
A la vez llegada y fuga,
Como clamor de campana
Que de lejos nos saluda
Confundiendo en sus quejumbres
Esperanzas y tristuras,
Besos de alma que despierta

Con adios de moribunda...
Sólo en la memoria mía
Debia la tarde augusta
Pia prolongar sus ecos
Con las impresiones últimas.
Venció la noche en la tierra
Y en las celestes alturas:
¡Hasta en el fondo del alma
La lobreguez se acumula!
Y la que otras veces era
A mis ojos alma luna,
Era el cadáver ent-nces
Del sol en su sepultura.—
En vano centelleaban
Las estrellas como nunca;
En ellas vi los flambones
Que un catafalco circundan.
Y en vano el mar transparente
Las centuplicaba fúlgidas
En el brillo de su espejo,
En las perlas de su espuma:
Eran allí las pavesas
De la vida, allí las nulas
Lágrimas que amor derrama
Sobre el marmol de las tumbas.
¡Ay! sin la vision divina,
Sin la pasada ventura,
Fuera mesiánica noche
En su majestad augusta...
¡Cuántas... admiré los astros
Así en la basta laguna
Del mar, vencido a mis plantas,
Celebrando mi fortuna...!
¡Con los ojos los veía
Con que la paloma pura
Los vió, despues del Diluvio,
La primera noche lúcida!
Mas para aquel que un misterio
De la eternidad columbra
Y lleva fija en la mente
Aquella imagen profunda;
Otra vida ya no es vida
Y toda noche es oscura...
Miedo terrífico entonces
Vino a anegarme en angustias
De muerte, y me fué la muerte
Como la vida importuna.
Terrible instante en que todo
Lo que vemos nos abruma.
Y no sabemos tampoco,
Lo que el alma a tientas busca.
Llamé al padre bien amado
Que a mi lado estaba, y una,
Dos y tres veces llaméle
Palpando sus canas húmedas.
Y él respondía a mis ansias
Con inefable ternura,
Mas yo seguía llamando
Cual victima en la tortura.
Era la primera vez,
Fué de seguro la última,
Que desconocí en lo oscuro
Su voz tan llena de súplicas.

V

—¿Qué tienes, hijo del alma?
Me decía.—¿Qué te asusta?
—¡Padre mío, no te alejes;
Padre, no te mueras nunca!—
Y él volvía a preguntarme:
—¿Qué tienes?—con calma suma;
Y yo a repetirle:—Mira
Esas monstruosas figuras
Que en la arena de la playa
Se congregan furibundas:
¿Di, por qué nos amenazan?
¿Qué sentencian, qué murmuran,
Sacudiendo las serpientes
De su cabellera hirsuta?—
Una risa melancólica
Obtuvieron mis preguntas,
Y en aquella risa había
A la vez lástima y burla.
—¿Por qué tiemblas, pobre niño?
¿Es nuestra roca tu cuna...?
Porque baja la marea—
Añadió luego,—¿se turba
Quien vió sereno las ondas
Escalar nuestras alturas?
Esas fantasmas son piedras,
Que las olas en su fuga
Consienten vuelvan a erguirse
Como el cobardo que injuria
Cuando la espalda le vuelve
Su contrario... Son basuras
Que el mar no admite a la tierra
Las masas que se dibujan
En la arena, semejantes
A soldados en escucha.
Esas otras más erguidas
Arrecifes, cuyas puntas,

En algas y ovas envueltas,
Mónstruos y trasgos simulan.
Aquellos que en larga fila
La llegada nos anuncian
De un ejército fantástico,
Son maderos y columnas
De antiguos muelles en ruina,
Que a favor de la penumbra
Con apariencias solemnes
Su nulidad disimulan.
Sólo aspiran a ser sombras
De monarcas en la duna.
Todos hacen la comedia
De diversas *nadas* juntas
Con mil *nadies*, explotando
La vida a médias, nocturna,
Mástiles rotos, pavesas
De naufragios son algunas
De las lanzas con que embisten
Esas ridículas furias.
¡Cuántas banderas tremolan
Y crujientes vestiduras!
Son velas, frios sudarios
De muertos que el mar sepulta,
Y los muertos con desprecio
Lanzan fuera de sus urnas.

VI

Guarda tus hondas tristezas
Y ese miedo que te ofusca
Para baja mar, más baja,
Para más horrendas burlas.
¡En otras playas te esperan
Desilusiones más duras!...
Burlarán al cielo aquellas,
Como éstas al mar insultan.
Allí con distintos nombres
Lo feo que aquí pulula
Ahuyará en brutal concierto
En la noche de la duda.
La *nada* mortal de allí
Será la ignorancia estulta
Será el *nadie* la osadia;
La pereza, la penumbra.
La fé, sátiro triunfante,
La pasión su prostituta;
¡Sí! con los siete pecados
Capitales tal vez se unan
Las virtudes teologales
En prolífica coyunda.
Cuando veas que tu patria
Por su historia grande y pura,
Templo que sintió otros días
De Dios la presencia augusta,
Yace despues de un esfuerzo
De plea mar furibunda,
Convertida en margen llena
De restos y miasmas pútridas,
Porque el abismo insondable
Sólo tesoros sepulta!...
Cuando veas que en su seno
Predomina la impostura,
Y en los estudios del arte,
De la ciencia en las tribunas;
Do quier que el génio creaba,
Procrian miserias turbas;
Y hablan de un Cristo, que es París,
Menelaos de vayuncas;
Y fáunos y augures rien,
Donde lloraban las musas;
Gime entonces desmayado
Y en secreto te pregunta:
¿Por qué la marea baja
De la vida en noche oscura,
Y el cielo no tempestea,
Y la mar se queda muda?
Más valiera haber nacido
Siervo en aquellas repúblicas
De las remotas edades,
Cuando un alma al ménos, una
Era con verdad heroica,
Y cual faro que fulgura
En medio del mar y el cielo,
Era un sol humano en pugna
Generosa con los soles
De las eternas alturas...
Valiera más ser la nada
Cuando un Homero deslumbra,
Cuando Dante es la venganza,
O cuando Pascal la duda,
Que ser libre, que ser algo
Que piensa, siente y se angustia
Cuando en cada humano altar
Tres medianias se encumbran.
Valiera más anegarse
En las ondas cuando triunfan,
Que ver luego, cuando bajan,
La horrible caricatura
De la vida haciendo muecas
Sobre la playa desnuda.

TRISTAN MEDINA.

FOLK-LORE

Y SUPERSTICIONES POPULARES DE MADAGASCAR
 TRADUCIDO DE JAMES SIBREE, JUN.,

(en *The Folk-lore Record*.)

4.—Arboles y plantas

Existen en Madagascar algunos árboles a que los naturales atribuyen cierto carácter sagrado. Entre ellos cuéntase el *Fano*, especie de mimosa que se encuentra frecuentemente encima y alrededor de las tumbas del Vazimba. Las tumbas de este antiguo pueblo son tenidas en gran veneración, y lo mismo los árboles que crecen sobre ellas. Las semillas, encerradas en grandes cáscaras, parecen habas pequeñas y se emplean comunmente en las prácticas de adivinación ó *siki-di*. Otro árbol relacionado con un culto idolátrico es el *Masina*, que alcanza un tamaño considerable, y que al crecer se ramifica. El nombre de este árbol denuncia ya su carácter sagrado, porque *masina* es el adjetivo con que se designan las cosas santas.

En Imérina (provincia central de la isla) y como adorno de las vigas, crece con frecuencia el *Zahana* (*bignonia articulata*), siempre viva que da flores oscuras y brillantes. Una vieja superstición, creída allí por muchos, asegura, que el que plante uno de esos árboles en sus tierras tendrá una pronta, sino repentina, muerte.

En la parte Sur de Madagascar, entre el Bara y Tanosy, el Tamarindo, uno de los árboles más bellos de la isla, y asimismo el Baobab, tienen carácter sagrado. Algunas partes de este último se consideran como especialmente agradables a Dios, y están pintadas de negro, blanco y amarillo, envueltas en esferas y adornadas con hechizos.

En Sakalava, un árbol llamado *Kazománitra* «madera olorosa», se planta al nacimiento del primer hijo como un testimonio que da el padre de que le reconoce por suyo.

Los Melgaches, como los Polinesios, hacen mucho uso de las flores en sus fiestas, y los que acompañaban a la reina en su regreso de la antigua a la nueva capital, tenían la costumbre de adornarlo todo con flores. El efecto producido por algunos millares de hombres con sus cabezas engalanadas de este modo, era extremadamente agradable. Algunas de las flores usadas se consideran como ofrendas dignas de los ídolos; así, un clavel en flor, llamada *conevina*, era propio para ser llevado a la deidad tutelar de la familia reinante, y los demás ídolos tenían también sus ofrendas de determinadas flores.

En la procesion de regocijo que hacían en el pueblo los parientes y deudos de aquel a quien la ordalia *tangena* había declarado inocente, los que formaban el cortejo llevaban en la mano varas cubiertas de flores.

Un comestible, llamado *saonjo*, se come especialmente en los convites que dan los Hovas cuando van a habitar una casa nueva. Pero de cuando en cuando, quizás por el principio de que «lo que es carne para uno es veneno para otro», algunos de los más nutritivos vegetales son *fady* ó *taboués* para ciertos individuos y familias. Así, una vez se me previno que no podía entrar en una casa, llevando en mi poder unos polvos de raíz de yuca preparada, porque esta materia era *fady* para el dueño.

5.—Días fastos y nefastos y estaciones

Dejando ahora los objetos naturales, animal y vegetal, asociados a creencias supersticiosas, vamos a decir algo de *días y estaciones*. La creencia, tan generalmente extendida, en días fastos y nefastos, es común a todas las tribus de la isla. El mes melgache, es lunar por su duración; la misma palabra sirve para indicar mes y luna. En varias partes del país parece poco en uso una división septesimal del tiempo; pero los días de una luna nueva a otra se designan con doce nombres que son los mismos que el del mes, algunos tienen dos ó tres días respectivamente, que se distinguen (como *cava*, *vouto* y *fara* ó *rody*, «apertura ó entrada» «prominente ó aumentado» y «fin ó término») de los demás. Los nombres Hovas del mes son todos de origen árabe, aunque los que se usan en la costa son palabras del idioma melgache; y es digno de notarse, que estas palabras, aunque son las mismas en ambas partes oriental y occidental de la isla, con ligeras variaciones en su forma, no datan de una misma fecha. De modo que el orden de los doce nombres es el mismo: el mes Velambita, por ejemplo, es cuatro meses más tarde en el Oriente que en el Occidente de Madagascar. De este doble empleo de nombres se deducía antiguamente en la isla un sistema muy complicado de tiempo, desgraciado ó feliz. Así, de los veintiocho días del mes, sólo doce eran fastos. El *cava* ó primer día del mes, era desastroso particularmente para los niños que nacían durante él, en algunos casos para los hijos del pueblo, en otros para los hijos de la familia del Soberano. Estos eran expuestos a la muerte, por lo general, colocándose en una chalupa con la cabeza para abajo, sobre una fuente llena de agua tibia. En ciertos casos, sin embargo, se templa la dureza del hado por medio de ofrendas ó sufriendo una ordalia, como describiremos más adelante. En otro orden de ideas, algunos días se consideran como favorables para la siembra, para empezar la construcción de un edificio, emprender una jornada ó inaugurar una expedición guerrera, etcétera.

Sin embargo, cada tribu tiene costumbres propias. Así, en el Tanala del Sur, ocho días de cada mes se consideran des-

graciados, los llamados Tsárata, tres días; Alakaosy, dos días; y Alijady, tres días; y los niños que nacen en ellos son condenados a muerte en la forma ya descrita, de modo que allí se mata la cuarta parte de todos los que nacen.

También se dice que en todos los meses tienen días señalados en que algún manjar es *fady* y no se debe comer, por lo tanto. En el primer día se abstienen de comer gusanos de seda, en el segundo les está prohibido el maíz, y así sucesivamente; lo mismo sucede con la caña de azúcar, los plátanos, las patatas dulces, la miel, el arroz, las criadillas de tierra, las habas, *Kátsaka* y *vamaho*.

En la tribu Sihanaka, el pueblo de una aldea llamada Anorohoró, abunda en hombres extravagantes, extremadamente supersticiosos y dados a la astrología y a la observación de los días. Para ellos, los doce meses tienen cada uno cualidades de buenos ó malos, y el mes se divide también en igual número de partes, subdividiéndose asimismo el día en porciones iguales desde la mañana a la tarde. Si un extranjero se les acerca en un día que consideren desgraciado ó en una división del día ó del mes tenidas como de mal agüero, no le permiten que entre en la aldea, sino le hacen que quede fuera de ella, y le llevan allí su alimento.

En el Bara, si un niño nace en un día desgraciado para el padre ó la madre no le matan, pero si el día es nefasto para los dos, entonces le entierran vivo en un hormiguero. El infortunado niño, muerto de esa manera, recibe el nombre de *nebo*, término que es también un fuerte insulto (1).

En el Tanala, uno de los meses, llamado Taosa, es extremadamente nefasto, «Durante él nadie trabaja, nadie cambia de domicilio ni emprende tarea alguna.» Si el principio del mes le sorprende a alguno en el campo, allí tiene que permanecer. Además, a todo niño nacido en ese mes se le entierra vivo en un bosque distante; pero si los padres quieren dejar vivir a alguno, van a buscar al ombiasy ó adivino. «Este funcionario receta un baño expiatorio que consiste en ciertas yerbas y otras especies que se echan en agua, en la que, luego, toma el niño un baño, ceremonia que aleja de él la influencia del mal día, y el agua y los ingredientes que en ella se han echado, se entierra (2).

En una casta del Sakalava se mata a todo niño que nace en martes: es también frecuente que cada familia tenga un día de mal agüero para sus recién-nacidos.

El mes llamado Alakaosy por los Hovas, se considera muy desgraciado; y para ellos y otras tribus melgaches, el principio del mes, sobre todo, es poco favorable para emprender cualquier asunto importante. En el Antankarana sólo se entierra a los muertos ese día, inmediatamente después que aparece la luna nueva.

Antes de la destrucción de la idolatría en Imérina, en 1869, cada ídolo tenía un día consagrado a él, en cuyo día, especialmente sus devotos, se abstienen de trabajar. Hasta hace poco, el domingo y el jueves eran los días felices para los soberanos Hovas, y sólo en ellos emprendían una jornada ó empezaban una empresa.

6.—Ordalias.

Justo es ahora que hagamos referencia a una ceremonia, por la cual puede preservarse de la muerte un niño que haya nacido en un día desgraciado. Entre las muchas ordalias de que se hace uso en Madagascar vamos a describir las más importantes.

La primera de ellas es la muy conocida de la *Tangena* ó la ordalia, veneno.

La *Tangena* es un árbol pequeño y hermoso que crece en las partes calurosas de la isla, y se extrae el veneno de la cáscara de sus frutos. En pequeña cantidad, este líquido es un emético; en grandes dosis, un veneno violento. La *Tangena* se usa principalmente para el descubrimiento de la brujería, porque las razas africanas «conocen la aplicación de drogas venenosas a los malos designios.» El doctor Davidson nota (3) que «el nombre es de hecho equivalente al $\Phi\alpha\phi\mu\alpha\zeta\epsilon\upsilon\gamma$ de los griegos; y como el término $\Phi\alpha\phi\mu\alpha\zeta\epsilon\upsilon\gamma$ y *veneficus*, lo aplicaban los antiguos no mismo a un médico, que a un hechicero que a un envenenador, y en muchos idiomas africanos obtiene la misma significación.» Esto se desprende del hecho de que entre éstas y otras razas primitivas, el efecto fisiológico de las drogas, venenosas ó medicinales, va unido a algún poder mágico, inherente a la sustancia misma ó comunicada a ella por hechicería. Así emplean las medicinas como encantos para causar ó curar las enfermedades.

El uso de varios venenos como ordalia, es probablemente muy antiguo en Madagascar, pero parece posible que no lo sea tanto el de la *Tangena*, que se empleaba para obtener la revelación de crímenes infames, como la hechicería y la traición, cuando no podía conseguirse de otro modo, y se creía formalmente que iba unida a su fruto una potencia sobrenatural, una especie de «indagador de corazones» que, introducida en el cuerpo del sospechoso, le obligaba a que declarase su delito. Se les administraba a los presuntos criminales dándoles disuelta en agua cierta cantidad de la pelusa de la nuez raspada, ó bien el jugo del plátano, habiéndole hecho comer previamente un poco de arroz y tragar tres pequeños pedazos —en forma cuadrada—del pellejo de un pajarito. Pasados algunos minutos se les daba agua templada para provocar los vómitos, y si el culpable devolvía ilesos los tres pedazos de pellejo, quedaba probada su inocencia. Fácil es de comprender lo expuesto que era esta ordalia a un envenenamiento; y como

generalmente se usaba con el fin de desprenderse de algunas personas perjudiciales, casi siempre producía un mal resultado.

Una de las cosas más notables, relacionadas con esta ordalia, era la creencia implícita del pueblo en su poder sobrenatural; y esta creencia era tan general, que muchas veces él mismo la pedía a las autoridades para librarse de cualquier sospecha, no obstante, que muchas veces era víctima de su credulidad. Como todas las ciudades usaron en algún tiempo el *Tangena*, la mortalidad causada por él era muy grande, y con una noble apariencia, se convirtió en un pavoroso medio de destrucción.

Me han dicho los naturales que habían sido obligados a usar la ordalia durante la persecución del cristianismo, que no se veían libres de la sospecha aun después de haber arrojado las piezas de pellejo, sino que constantemente, dos ó tres días después, eran vigilados, y no se atrevían ni aun a escupir para librarse del mal sabor del veneno. En este caso hubieran sido entregados a la muerte.

Entre las Tanalas, ó tribus montañosas, están en uso otras ordalias, y es curioso que dos de ellas se designen con un nombre compuesto de la palabra *Tangena* y otra, como si la primera se tomase ya en el sentido de ordalia.

Una de ellas se llama *Tangena-Fanahary* (ordalia del Creador), y se administra como sigue: se pone a calentar agua en un puchero, y cuando empieza a hervir, se echan en el agua unos cuantos pedazos de cuarzo a que se da el nombre de *vato velona* (piedras vivientes), de manera que no lleguen al fondo del puchero. Hecho esto, se ordena al acusado que saque las piedras del puchero, cogiéndolas con la mano y metiéndolas después en agua fría. Es vigilado cuidadosamente después de esto, y si al otro día su mano no presenta ampolla ninguna, se le declara inocente. Pero si el acusado es el primero en declarar que no tiene ampollas en la mano, se le declara culpable y es condenado a pagar la multa estipulada, caso de ser un robo del delito que se persigue. Si, por el contrario, su mano queda ilesa y él aguarda a que otros declaren su inocencia, es puesto en libertad y recibe un esclavo que debe darle su acusador.

La otra ordalia a que nos hemos referido es la *Tangena-boag*, la «ordalia por el cocodrilo.» En este juicio, la persona sospechosa de haber ejecutado una acción mala, es conducida a un río en que haya muchos cocodrilos, y en cuya orilla se reúne el pueblo. En pie detrás del acusado, un hombre agita las aguas tres veces y se dirige a los cocodrilos, suplicándoles que digan si aquel hombre es culpable ó no. Después de esto se obliga al acusado a que llegue nadando en medio del río y vuelva a la orilla, repitiendo esto dos veces, y si lo hace sin que le hieran los cocodrilos, es multa a los acusadores en cuatro bueyes de los que recibe dos el acusado, otro el rey y otro el consejo (1). Fácilmente se comprende que pocos salen con vida de esta ordalia.

Kodeo, palabra de oscura significación, llámase a otra ordalia, en la cual se lleva al acusado sobre una mata de arroz. Un hombre se acerca luego a él llevando un largo palo con el cual toca tres veces la tierra, y otras tres la cabeza del acusado, llamando así a Dios a quien se invoca para que señale por ciertos signos su inocencia ó su culpabilidad. Sera declarado reo si se le ve que empieza a temblar ó que vomita; y algunos de ellos, si no mueren allí mismo y pueden huir, llegan como un relámpago a sus casas. Si aunque culpables, halla favor ante sus jueces, éstos invocan la misericordia de Dios y le purifican por instrucción. Si resulta inocente le rocían con agua sobre la cual se haya suspendido un anillo de plata.

La acción de beber la *Vokoka*, ó agua mezclada, con tierra tomada en la tumba de un antiguo soberano, en prueba de fidelidad, puede mirarse también como una especie de ordalia.

Otra de éstas, usada antiguamente en Imérina, debemos mencionar. En el caso de que se quisiera salvar la vida de un niño nacido en el mes de Akaosy—y, por lo tanto, condenado a muerte por el destino—se le llevaba a la entrada del vasto redil que encerraba el ganado de la ciudad y se le dejaba expuesto allí, lanzando hacia él los bueyes cuando éstos se retiraban de los pastos. Si, por un capricho de los animales, salía salva de sus cascos la ineluz criatura, se consideraba que había vencido la mala suerte y su vida era desde entonces respetada. Se le enviaba a una ciudad lejana para que se criase, y sólo pasado algún tiempo, lo reconocían sus padres como descendiente suyo; creíase que los niños que salvaban la vida por esta ordalia, habían de llegar a poseer grandes riquezas y se dice que el actual primer ministro de Madagascar fué sometido a este juicio de Dios, siendo niño, por haber venido al mundo en el mes malo, pero logró salir ileso, y así ha llegado hasta el punto elevado que hoy ocupa.

Hay en la isla una costumbre que también tiene carácter de ordalia: se llama *Rano-anorona*, «agua en la nariz», y consiste en taparse con agua los agujeros de la nariz, en la persuasión de que esto hace estornudar a los culpables. De modo que si uno acusa a otro de robo, el acusado le dice: «Ven, meteremos las narices en agua, si te atreves, y verás si estornudo ó no.»

7.—Folk-lore de la casa y de la vida íntima

Digamos ahora, en pocas palabras, algunas creencias mel-

(1) *Lights and Shadows*, App. I, p. 5.

(2) *Antananarivo Annual*, No. II, p. 100.

(3) *Journal of Anatomy and Physiology*, vol. VIII, p. 97.

(1) Existe una novela histórica, fundada en esta costumbre: véase *Chamber's Journal*, p. 309, dic. I, 1849; «*The Trial by Caiman*» por Percy B. St. John.

gaches que se refieren especialmente a la casa y la vida íntima de sus habitantes.

Acabamos de hablar del estornudo, y esto nos recuerda que la superstición, extendida en todo el mundo, y según la cual el estornudo ejerce mala influencia sobre cualquier trabajo que en aquel momento se ejecute, está igualmente en vigor en Madagascar. Así, cuando un niño estornuda, su madre ó su nodriza se apresuran a saludarle con la fórmula común: «*Holane Andriamanita hianao*,» «Dios te bendiga,» exactamente lo mismo que en Europa y otras partes del globo.

Cuando a un niño se le cae uno de los primeros dientes ó dientes de leche, se tira ese diente encima de la casa, siguiendo una práctica que se observa también en Inglaterra. La caída se achaca a un pequeño gusano que horada el diente; y del que padece dolor de muelas se dice que tiene el «mal del gusano,» *marary olitra*.

Es creencia muy arraigada la virtud curativa que tiene la primera saliva segregada después de la noche contra el dolor de ojos ó de las orejas, y se la llama *rora mafaitra*.

Cuando un melgache pasa junto a una cosa que huele mal, como un perro muerto, por ejemplo, escupe con fuerza como si la saliva fuese una especie de antídoto.

Es malo entrar en una casa, sobre todo en una casa real, echando delante el pié izquierdo; debe uno «poner delante el pié derecho.» Es también impropio reclinarse en una casa principal, y se considera indecoroso sentarse bajo una propiedad real.

En algunas partes de la isla es común, cuando se dá un presente de alimento, que el que lo dá lo pruebe como una seguridad de que lo dá de buena fé, y el invitado puede comerlo sin temor a ser envenenado. Este sentimiento se expresa en la antigua fórmula de salutación, como *Sarasara tsy ambaka*, que significa: «No te engaño.» Esta seguridad no es excesiva ni inútil en ciertas partes de la isla, porque se dice que las baras viven en una sospecha tan continua y temen tanto a sus enemigos, que jamás se lavan en su casa, sino al aire libre, y cuando toca su vez a la cara, sólo se lavan un lado de ella, manteniendo un ojo abierto y una mano dispuesta para coger el fusil.

En la distribución de una casa Hova, en la provincia central, la parte sagrada de ella está situada en el ángulo N. E., donde, en tiempo de guerra, las mujeres cantan el *vary*, canción en la que piden la victoria para sus parientes y amigos. Hé aquí uno de estos cantos:

Aunque tienen muchos fusiles,
aunque tienen muchas lanzas,
protégelos, ¡oh, Dios!

El *vary* lo usan también en otras ocasiones, como cuando se ven amenazados del rayo, granizo ó lluvia.

En este ángulo N. E. se coloca la cabecera de la cama, porque el Hova duerme invariablemente teniendo la cabecera al N. ó al E. Aun en su tumba, el muerto tiene su cabeza en esta dirección, y nunca al O. ni al S. La entrada al sepulcro está al O. Otras tribus, sin embargo, no son tan particulares como los Hovas sobre la posición de sus tumbas.

Al construir una casa, el primer ángulo está siempre situado hacia la parte sagrada del edificio. En su base se colocan algunas plantas y en el tejado se fija una pieza de plata, como seguridad de que el dueño no carecerá nunca de dinero mientras viva en ella. Si se trata de un palacio, el soberano lo riega con agua sagrada que se saca de un manantial especial, y pronuncia una oración en la que pide prosperidad para ella.

L. GINER ARIVAU.

REVISTA DE MADRID

Las primeras notas de esta Revista han de ser notas de dolor. D Antonio García Gutierrez, el celebrado poeta de *El Trovador*, *Juan Lorenzo* y *El rey monje* acaba de morir, y pérdida de tal magnitud por fuerza ha de abstraer la atención apartándola de otro género de asuntos. Ante esa tumba abierta tan impensadamente, cuando la enfermedad, leve en su apariencia, no parecía presagiar fin tan funesto y mucho menos tan rápido; ante esa tumba que todos los amantes de las patrias letras regarán desde hoy con sus lágrimas, y en la cual, como en poniente melancólico, acaba de hundirse el astro más brillante y hermoso de nuestro cielo literario, el cerebro detiene su misterioso trabajo de elaboración y se niega a concebir ideas que la lengua, por su parte, se resistirá a expresar. Enmudece la inteligencia, y sólo queda espacio para el sentimiento que se desborda en quejas amarguissimas.

Sucede con los grandes hombres a quienes la fortuna otorga en vida adelantos sobre la fama que les prepara la posteridad, que a fuerza de admirarlos llegan sus contemporáneos a considerarles inmortales, no sujetos, como los demás hombres que nacen, viven y mueren sin dejar huella alguna tras sí, a las enfermedades ni a la muerte. De aquí que el fallecimiento de una de esas eminencias, por muy lógico que sea dentro de la Naturaleza, cause siempre dolorosa sorpresa en todos los que ya le creían superior a las leyes de la materia organizada. Es tan potente su inteligencia, tan sereno su ánimo, tan fuerte su espíritu, apártanse tanto de lo que es, para los demás, nivel común que ninguno rebasa, que por fuerza han de impresionar al pueblo.

En las primeras edades de la humanidad, en aquella espe-

cie de niebla en que vagaban indistintas y confusas las formas del Dios y las formas del hombre, de cuya unión nació el mito, todo el que se había hecho notar era divinizado a su muerte; después, cuando ya el hombre se apartó algún tanto de aquella naturaleza primitiva que le espantaba con su espectáculo admirable, no divinizó a sus grandes hombres, pero no admitió su muerte, los supuso vivos todavía, retirados a lejanos países, a grutas recónditas, entregados a un sueño cuyo despertar esperaban con ansia. Hoy, ya en la edad de la razón y la madurez, sabemos que todos los hombres mueren, los grandes como los pequeños, los buenos como los malos, los villanos como los nobles; sabemos que la naturaleza no altera el orden admirable de sus leyes porque así convenga a nuestras pasiones; sabemos que los que mueren no tornan nunca... Por eso los lloramos sin consuelo, por eso no queremos acostumbrarnos a la idea de su muerte.

Y García Gutierrez merecía bien de nuestra parte ese testimonio de cariño. ¿Quién ignora sus méritos? ¿Quién no sabe de memoria el hermoso poema de su vida? Por si alguno no recordaba sus detalles, la prensa toda, intérprete del sentimiento general, ha repetido sus rasgos más salientes... ¡Dulce y tranquila existencia la de ese poeta tan dotado de genio, que se alzó del primer vuelo a la esfera más alta y pura de la pública admiración, esfera de la que ni un momento ha decaído! Las únicas luchas de su vida, las sostuvo en esa edad en que la contradicción es estímulo a la esperanza más que inclinación al desengaño. Veintitres años tenía apenas cuando se puso en escena *El Trovador*, que es, más que un drama, un grito de guerra, la fórmula literaria que sirvió a sostener el teatro durante medio siglo, magnífico regreso a la musa nacional olvidada por la influencia arcaica de principios del siglo y fines del XVIII. En sus grandiosas escenas, tan admirablemente versificadas, hay más que unos cuantos personajes que se mueven a impulsos de sus pasiones, nobles ó mezquinas: corre por ellas un soplo que anima la acción, semejante al Espíritu de Dios flotando sobre las aguas primitivas. García Gutierrez era, sobre todo, un poeta nacional que no cedía a ninguna influencia extraña: ni seguía en sus veleidades a la moda ni adulaba en sus errores al público. Su musa es la musa caballeresca de *El Trovador*, la musa patriótica de *Venganza catalana*, la musa honrada del honrado Juan Lorenzo.

El rasgo distintivo del poeta era la modestia. Temía las ovaciones como si fueran el castigo de una falta, y trataba de apartarlas de sí, pero las ovaciones le iban a buscar. Previo, días antes de morir, la que el público le otorgaría a su muerte, reflejo pálido de las que en vida le otorgara tantas veces, y escribió su última voluntad: quería que se le enterrase en la fosa común, que no se avisase a sus amigos, que cuatro pobres le llevaran en hombros hasta el cementerio que había de guardarle para siempre en su recinto... La protesta fué unánime, y arrastrado por su cariño al autor muerto, el pueblo de Madrid siguió su cadáver, sus amigos cubrieron su ataud de coronas y vieron cómo la tierra del Compositos le envolvía en ese abrazo cariñoso que dá la madre común al cuerpo que salió de ella, y a ella vuelve tras su breve peregrinación. Invisibles debieron presenciar la ceremonia las fantásticas figuras que animó el verbo del poeta, el cual, para hacerlas inmortales, las bañó en la onda dulcísima de su inspiración, como la madre de Aquiles hizo invulnerable a su hijo lavándole en las ondas de la Stigia.

Errante peregrino por la tierra, evangelista del arte, cuyas prácticas enseñaba abriendo al alma nuevos horizontes siempre que la hablaba de su patria, de ese país lejano en que brilla un sol siempre luminoso en un cielo siempre azul, a ella ha vuelto después de dejar éa la tierra, como el soldado deja su armadura cuando el combate ha terminado, el hábito carnal en que se envolvió su espíritu. ¿Dónde estará esa patria? ¿Qué lugar ocupará en la Creación? Hay en el hombre una tendencia irresistible que le lleva a mirar siempre hacia arriba, sin duda, porque sujetos a la tierra por la ley de la gravedad, sólo nuestros ojos pueden investigar en el espacio. Las estrellas que lucen calladas en medio el manto de la noche, nos parecen mundos y planetas dispuestos para recibirnos, y que nos esperan cariñosos...

* Y que hay esa otra patria está escrito en nuestro corazón con caracteres indelebiles, escrito en nuestra mente, en nuestra alma. Delante de las tumbas que se abren para recibir un cuerpo y se cierran tras él indiferentes a sus merecimientos, revive de repente la antigua idea que nos legaron nuestros viejos ascendientes, no desprendidos aún de la naturaleza, idea que afirmaron, modificándola, sus hijos, los creyentes de la Edad Media; idea que nosotros confirmamos, desprendiéndola más y más de la materia que la empujea. Sí, los grandes hombres no mueren. Viven. ¿Pero dónde?

Junto a este muerto ilustre, el cadáver de una mujer famosa; frente a esa vida apacible, una existencia de dolores; de un lado el vivir sin cuidados, rodeado de satisfacciones, gustando la felicidad, y la muerte que llega recatada para no asustar y hiere de pronto, para no hacer sufrir, cuando ya se ha agotado el porvenir; y de otro lado, el suspirar continuo, el padecer eterno, el martirio inabarcable, la muerte viniendo a cara descubierta, precedida de una enfermedad larga y penosa, acompañada de la miseria é hiriendo a su víctima cuando aún el porvenir ofrece espacio—quizá engañoso, pero espacio al fin—a la mariposilla de la esperanza... Pocos días

antes de morir García Gutierrez murió también otra artista incomparable: Carolina Civilí.

Cuando pasen algunos años, los que escriban la historia del Teatro tendrán que dar cumplida satisfacción a esta pregunta. ¿Qué causas, hoy ignoradas para el público, provocaron esa gran injusticia que ha mantenido apartada de la escena española a la trágica eminente que había sacrificado todas las ilusiones de su alma al empeño de llegar a ser una actriz en quien pudieran encarnarse las hermosas creaciones de nuestros poetas? ¿Sobre quién debe pesar la responsabilidad inmensa de haber dejado en la sombra, condenándolas a no ser, tan excelentes aptitudes, tan maravillosas disposiciones?

Porque la influencia de un gran actor se deja sentir indudablemente sobre el arte de una época determinada. Dad a los autores genios bastantes a interpretar sus fantasías, y veréis cómo se multiplican sus obras y llevan ese sello de grandiosidad de que, sin esas condiciones, carecerían; limitadas, por el contrario, el número y las aptitudes de los actores que han de dar vida a sus personajes, y las obras que escriban se resentirán de esa limitación. En este concepto, puede decirse que cuanto se hace en pró de un buen actor, se hace también en pró del arte. El actor pasa, y la obra que interpretaba queda. Romea ya no existe, y, sin embargo, *El hombre de mundo* es nuestra mejor comedia de costumbres. Sin Calvo quizás no tendríamos ese tercer acto tan hermoso de *En el seno de la muerte*. Suprimid a Vico, y no podréis comprender el epílogo de *La última noche*.

Carolina Civilí ha muerto, y ha muerto sin dejar tras sí ninguna grande obra que perpetúe su recuerdo. Por las mismas condiciones en que se hallaba, reducida a vivir de teatro en teatro paseando su hermosa figura, haciendo ostentación de su gran talento, la compañía a cuyo frente estaba ella, constituía un sistema planetario en que sólo ella era sol; los demás, astros de tercera ó cuarta magnitud, vivían únicamente de la luz que ella les prestaba. Por eso las pocas obras nuevas que la escribieron algunos autores de buena voluntad, tenían que encerrarse en moldes estrechísimos; eran, más que dramas ó tragedias, árias coréadas en que sólo podía haber un gran papel; todos los demás debían ser personajes secundarios, muy secundarios, que quedasen en la sombra. Entre éstas cuantas obras destaca *El gladiador de Ravena*, de Echeagaray, y es muy apreciable *Dos hijos* de Bremon. Fuera de éstas no recuerdo más obras que merezcan el nombre de repertorio propio de la pobre artista, italiana por su origen, española por su voluntad.

¿Quién tuvo la culpa de que la actriz y el público no llegaran a fundirse en una sola alma? ¿Fueron los actores? ¿Fueron las empresas? ¿Fue el público? ¿Fueron todos a un tiempo? Porque ella tan buena, tan virtuosa, tan artista, tan llena de buen deseo tan limitada en sus aspiraciones, no pudo ser la culpable... De todos modos, la conducta usada con ella ha sido una de las grandes injusticias cometidas por la fortuna contra el genio. Esta vez la mala suerte ha vencido. Aque gran corazón sucumbió, se vió obligado a retirarse cansado de luchar. Ultimamente, una enfermedad horrible vino a hacer más penosa su existencia. Si ella hubiera sabido maldecir, su última palabra, debió haber sido una imprecación contra el destino. Pero Carolina Civilí no sabía más que sufrir y llorar, y murió llorando y sufriendo: viendo quizá, en la sombra que se acercaba, el término de todos sus dolores.

Su muerte causó un gran pesar, y este gran pesar fué el mejor triunfo de la pobre artista muerta. Porque en ese dolor que embargaba los ánimos, el remordimiento tenía también una gran parte. Levantábase algo así como una nube en el fondo de todas las conciencias.

Salgamos ya del cementerio, dejemos esa atmósfera impregnada de acres aromas y en la que parecen flotar ecos de oraciones no acabadas, de sollozos y de suspiros; dejemos dormir en paz a los que para dormir han llamado a ese recinto misterioso, sembrado de cipreses, siempre verdes, imagen de la eternidad, y por entre cuyas hojas diminutas pasa el viento diciendo cosas incomprensibles al espíritu. El mundo nos llama con su ensordecedor estrépito. Los sucesos se presentan en la cámara oscura para ser fotografiados, y si nos descuidamos van a confundirse los contornos, a borrarse las figuras. La queja estéril y sin fruto, no es la misión del cronista. Los lectores quieren noticias de la vida y no impresiones de la muerte; ¡Adios, pues, sombras venerandas del poeta eminente y de la actriz inimitable; adios recuerdos de alegrías y dolores, un momento evocados por la imaginación preocupada! Quede tu juicio, oh poeta, a la apreciación de la posteridad; quede tu genio, oh actriz, a cargo de la conciencia de tus contemporáneos. El cronista se separa de vosotros dejando en vuestras tumbas lo único que en su pobreza puede daros: un beso y una lágrima.

¡Siglo hermoso este siglo XIX cuyas conquistas son innumerables! Con el vapor suprime las distancias; con el pararrayos desarma la tempestad y la pide sus exhalaciones para hacerse con ellas una magnífica corona; con la electricidad dá a la palabra las alas que antes de ahora tenía sólo el pensamiento. El microscopio entrega a su observación el mundo de lo infinitamente pequeño; el telescopio le revela los misterios de lo infinitamente grande; lo que antes hubieran parecido locuras de la fantasía; lo que aún ayer eran problemas inabarcables, son hoy fórmulas resueltas y soluciones razonadas. ¡Siglo de las grandes realidades y de las grandes con-

cepciones, á quien la Naturaleza enamorada entrega uno por uno todos sus secretos, pidiéndole únicamente, á cambio de su sacrificio, un poco de amor y fé! ¡Siglo de las aspiraciones infinitas, que se eleva á lo más alto, á las regiones siderales, y lee en las líneas de colores del espectro, la composición química de los astros; que desciende á lo más profundo, al fondo del mar, y persigue entre bosques de algas y montes de coral, las primeras manifestaciones de la vida; que horada las montañas más abruptas y socava los ríos de más cauce, para unir en un abrazo universal los pueblos y las razas más distintas! No bastaba todo esto á su ambición, quería más, mucho más; quería abrir á su actividad nuevos caminos, surcar el espacio como surca el mar, como surca la tierra, llevar á esa región silenciosa en que sólo suena el aleteo de las aves, el eco de su voz potente cantando el himno del trabajo y la constancia...

Y como la Naturaleza está vencida, también le ha dicho al oído la palabra misteriosa por la cual le obedecerán los aires, sometiéndose á su poder; esa palabra que ayer buscaban los hombres en libros cabalísticos y hoy encuentran en ese libro hermoso que se llama la Creación.

Los periódicos lo dicen; los sabios lo aseguran; el problema está resuelto; ya no existe la incógnita terrible que tanto daba que hacer á los inventores. El velo que la cubría se ha rasgado, y hoy aparece expresada en la fórmula con brillante sencillez. No entremos en detalles que aún nos son desconocidos casi en su totalidad, y que nos parecerían engorrosos. Saludemos el primer globo que surque el aire, y volviendo la vista á esos tiempos prehistóricos que nos pintan los sabios, en los cuales la especie humana, no desprendida aún de la animalidad, vive en las selvas sabiendo apenas defenderse de las bestias feroces, esclava de todas las fuerzas naturales, espantada por el trueno, herida por el rayo, viendo un ente superior en el árbol que la daba sombra, en el sol que la alumbraba ó en la fiera á quien temía; volviendo la vista á ese punto tan bajo de donde procede la humanidad, y mirando el camino que media desde él hasta el punto donde hoy estamos, sintámonos orgullosos de ser hombres.

Por lo demás, la historia del descubrimiento—tal como la ha contado *Le Figaro*—viene á probar un hecho incontrastable: que, en todas partes como en todos los siglos, la humanidad es siempre la misma. Basta que dos hombres de génio sientan latir en su mente el fuego de una idea, para que sus contemporáneos se obstinen en amontonar obstáculos ante ellos. En el caso presente, se vé á los capitanes Rand y De la Haye acariando años y años su pensamiento, y consumidos en la impotencia que la falta de medios materiales les ocasiona. Llegan hasta Gambetta que con su poderosa intuición les comprende, les anima; les dá los 200.000 francos que le piden para hacer experimentos; pero vienen luego las prácticas oficinescas, la rutina expedientil, y esos hombres que van á dominar los elementos, no pueden vencer las dificultades que unos cuantos ignorantes les oponen. Superan, por fin, el nuevo obstáculo, pero uno de los dos iniciadores es vencido en la lucha, como el más débil. Un enemigo desconocido que se ampara tras un pupitre le arrebató su parte de gloria que es más que arrebatarse su vida porque la vida dura poco mientras la gloria es inmortal. El éxito corona la empresa. La fama cuenta todos los detalles de la epopeya maravillosa que en otro tiempo se atribuiría á la intervención del diablo y hoy se debe al empleo de una fuerza natural. Y todo son censuras para los obstruccionistas.

Más feliz que en otro tiempo, Francia no ha dejado escapar de sus manos la preciosa invención, pero, ¿quién no se acuerda, al leer la historia de esas dificultades, de aquel otro grande hombre, Fulton, que se acercó á Napoleon ofreciéndole el primer barco de vapor, y que rechazado por los ministros entregó su invento á Inglaterra que supo aprovecharse de él? En Santa Elena estaba ya el emperador, cuando vió navegar un buque del nuevo sistema y recordó que él no lo había admitido. Y de sus labios salieron como un remordimiento estas palabras tan amargas:—¡Con esos buques yo hubiera sido dueño de Inglaterra!... Palabras de maldición á todos los que ponen obstáculos al génio.

Gran contraste forma con la lectura de los descubrimientos tan felizmente llevados á cabo en Francia la descripción de las novedades con que el Dr. Llops entretiene al público algunas noches en los Jardines del Retiro, enseñándole, en el fondo de su microscopio una porción de insectos, pequesísimos á la simple vista, pero que alcanzan allí proporciones más que gigantescas.

Los hombres sencillos que acostumbran á juzgar por la sola impresión de sus sentidos, vuelven los ojos á uno y otro lado, espantados de ese nuevo mundo que da pronto se les presenta, más extraño que ante Colon la América inocente del poeta; mundo terrible, pavoroso, en que todos los habitantes son monstruos repugnantes y odiosos, armados de todas armas, dispuestos para la lucha y moviéndose como en plena ebullición. La pulga, que tan ligera nos parece, punto apenas perceptible sobre la blancura del lienzo ó sobre el velo sonrosado de la carne, que presa entre los dedos del que la persigue halla en su pequeñez medios de recobrar su libertad, y se esconde en un pliegue de la camisa, en el dobladillo de la sábana, entre los puntos del encaje; la pulga crece en tamaño, se desarrolla de pronto y no es ya el pequeño punto negro que saltaba de un sitio á otro con inverosímil ligereza, manchando la lisura de la carne; sus patitas, antes invisibles, aparecen. Deja de ser el insecto ligero, imposible de asir, y se convierte en un bicho feo cuyo solo

aspecto da náuseas. La gota de agua tantas veces comparada con una perla cuando es rocío y titila en el cáliz de una flor, bebida tantas veces cuando es lágrima y se desliza por las mejillas de una mujer; la gota de agua tan bonita, brillante al sol que la adorna con los colores del iris, es un vasto océano en que riñen batalla los más distintos elementos. Parece clara, limpia, y es turbia, oscura. Al verla siente uno repugnancia y hasta hace propósito de no beber agua en todos los días de su vida.

La primera vez que yo trabé conocimiento íntimo con el microscopio fué en casa de un distinguido médico amigo mío, el Dr. Óvilo. Había ido á verle, y le encontré, como siempre, entregado á sus trabajos tan apreciados en las sociedades sabias. Me invitó á entrar en ese mundo desconocido, y declaró lealmente que no pude contener mi asombro. Vi insectos, partículas impalpables de materias orgánicas, un cabello... ¿Habeis visto un cabello?

Suave, sedoso en la cabeza de la mujer querida, abriga candorosamente su sien, adorna su frente con graciosas ondulaciones, besa su cuello de alabastro ó cae en amplia madeja ciñendo en un lascivo abrazo su garganta. El hombre le acaricia, le lleva á sus labios, le encierra en guardapelo de oro y le tiene como reliquia preciosa de la que no quiere apartarse. Muchas veces, cuando el amor se vá, cuando el sér amado muere, queda el mechón como único testimonio de aquel afecto que se fué... Tendido en el fondo del microscopio parece un vasto paisaje blanco, inundado de luz. Veis prados, escrescencias que figuran arbolillos, tierras labradas, abismos abiertos, algo semejante á lo que os presenta la luna cuando la mirais con el telescopio en una noche serena en que ninguna nube se interpone entre el astro y el objetivo.

¡Oh! El microscopio, revelador de mundos nuevos, evangelista de verdades ignoradas, es una gran conquista para la ciencia, sí... pero es una gran decepción para el espíritu, porque enseña las cosas en toda su desnudez, en toda su realidad. Después de ver un cabello, no canteis las bellezas de una cabellera; después de ver una gota de agua, no habléis de diamantes y gotas de rocío. Hay que romper los viejos moldes; la verdad trae una luz en la mano, y la poesía que es crepúsculo, huye avergonzada. Pero la luz de la ciencia es la lámpara eléctrica, una luz fría, que alumbrá pero no calienta, luz de plaza pública, pero no luz de hogar. Por eso en nuestros tiempos la ciencia prospera, crece, y la poesía baja... La poesía es fantasía, es ficción, nos oculta los monstruos, nos disimula lo feo, y la ciencia es verdad, y nos pone todo eso de relieve... ¡La poesía se va!

La última impresión de la quincena es la muerte del cardenal Moreno. Esta revista, empezada delante de una tumba, acaba al borde de otra.

La muerte del poeta dá asunto para un libro sólo con recordar algunos de sus méritos; la muerte del cardenal sólo dá motivo para una línea.

¡Triste destino el de los poderosos de la tierra que deben sólo á la fortuna el poderío de que gozan durante su vida! Se mueren sin dejar tras sí más que el recuerdo de algunos agravios, porque el recuerdo de los beneficios no les sobrevive.

Y es lo único que han hecho en su vida: agravios y beneficios.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

BIOGRAFÍA del mariscal de campo D. ANTONIO DE QUINTANILLA

(Conclusion)

En esta situación me hallaba en Tarragona á principios de 1816, muy constantemente hostilizada la provincia y la plaza por los carlistas, cuando fui relevado por el brigadier entonces D. Juan Vanhalen, hermano del general que mandaba el ejército de Cataluña, y volví de cuartel á Madrid.

Estuve de cuartel hasta el año 1813, que fui nombrado nuevamente gobernador y comandante general de Tarragona en propiedad, desempeñando dicho destino nueve meses, en cuyo tiempo empezaba ya la guerra civil por los carlistas, organizándose partidas, que perseguí constantemente en columnas, recorriendo toda la provincia; y habiendo sido nombrado capitán general del Principado el general Pavia, fui relevado como todos los comandantes generales de Cataluña, y volví de cuartel á Madrid.

Desde esta fecha no he vuelto á ser empleado, y continúo de cuartel sin más servicio que el de Consejos de guerra.

Esta es mi historia-biografía, y aunque demasiado lata, no obstante haber omitido pormenores de acciones pequeñas y otros servicios, por no cansar más con su lectura, debo, si declarar que mi conducta política y militar desde que empecé á servir ha sido cual cumple á un hombre de honor; que jamás he sufrido arresto ni destierro, porque no he dado motivo á ello; que mi hoja de servicios está limpia de toda mancha deshonorosa para un militar; que jamás me he pronunciado en los cambios de gobierno y que siempre he obedecido al establecido, cual cumple á todo militar que sabe lo que le corresponde hacer, que es no mezclarse en las revoluciones y acatar lo existente con amor y fidelidad al soberano, como lo he hecho siempre y muy recientemente el 17 del pasado Ju-

lio en la revolución de esta córte, que tantos desórdenes ha causado, habiéndome ido aquella aciaga noche al Palacio Real, donde permaneci hasta el día siguiente, en que S. M., notando que de todos los generales de cuartel sólo yo y el conde de Yumuri estuvimos á su lado, tuvo la bondad de llamarme y darme las más expresivas gracias por mi fidelidad en haber estado á su inmediación en tan triste noche, y con las lágrimas en los ojos no hallaba modo de expresarme S. M. su agradecimiento.

Yo he cumplido sesenta y seis años de edad, muy pocos me quedan que vivir, a pesar de mi robustez, y muy poco podré servir con utilidad á la reina y al Estado, pero moriré con la conciencia tranquila, y si, como es muy natural, sobrevive mi esposa y mi hijo Antonio, que siendo abogado acaba de ser declarado cesante de oficial que es del Ministerio de Gracia y Justicia, les ruego que lean, particularmente mi hijo, esta biografía de su padre y que la trasmita á sus descendientes, para que sepan que han tenido un progenitor honrado, y que les da lustre por su categoría de general y sus servicios hasta llegar á esta clase.

Soy mariscal de campo, gran cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, comendador de la Orden Americana de Isabel la Católica y condecorado con otras cruces por acciones de guerra.

Lo escrito en esta biografía es cuanto he recordado á la memoria, y documentos que acompaño, así como los que constan en mi hoja de servicios, es verdadero relato, y como escrito de pronto y sin reparar en la redacción ni ortografía, carece de éstas, pudiendo enmendar ambas faltas mi hijo ó persona que se interese en mi nombre.

Madrid 18 de Setiembre de 1851.

ANTONIO DE QUINTANILLA.

ADICION

La noche del 17 de Julio de 1851, en la cual dió principio la revolución por la quema de las casas de la reina madre doña Cristina, y otras de los ministros conde de San Luis, etc., y que el pueblo de Madrid se hallaba en hostilidad contra la tropa, amenazando al real palacio donde se había refugiado la reina Cristina, marché no sin riesgo al real palacio vestido de paisano, y conduciendo un criado mi uniforme y espada, con objeto de favorecer con ella la vida de nuestra reina Isabel II, si hubiese llegado el caso de ser acometido el real palacio por las turbas. Allí estuve con el teniente general, conde de Yumuri, desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana siguiente, presentándome al ministro de la Guerra para que me ocupase, lo cual no tuvo efecto, porque las turbas no acometieron. Es de notar que de todos los generales, sólo Yumuri y yo, concurrimos á palacio aquella aciaga noche manteniéndome yo toda ella á la puerta de la real Cámara, que notado por S. M. me hizo entrar á la mañana, y después de darme á besar su real mano, me dijo las palabras siguientes: *Muchas gracias, Quintanilla, te estoy muy agradecida, pues he visto que has pasado toda la noche á la puerta de mi Cámara, y que sólo tú y otro general, han concurrido para defenderme, y con lágrimas en los ojos, me repitió las gracias. Yo contesté lo había hecho como fiel súbdito y como un deber militar, y que lo haría siempre en iguales circunstancias por mi reina.*

Cito este servicio, del cual me considero bastante remunerado, por las palabras de S. M., que tienen, en mi concepto, más estimación que las que se suelen dar de real orden.

Quintanilla.

Excmo. Sr.: El día 3 del presente recibí la desagradable noticia de que el ejército real, al mando del excelentísimo señor virey D. José de la Serna en el Perú, fué derrotado completamente; que dicho señor virey se marchó para Europa con varios generales y jefes; que el navío «Asia» y demás buques de la escuadra tomaron igual dirección, y que la plaza del Callao quedaba sujeta á ser entregada á los independientes, según el tratado que después de la acción se celebró entre el general Canterac y general Sucre del ejército enemigo.

Estas noticias contristaron demasiado á los fieles servidores de S. M. en esta isla, y los afectos á la independencia revolución hallaron un motivo para poner en planta sus proyectos de revolución, dirigidos á declarar independiente esta provincia. El día 7 á las once y media de la noche, dos capitanes del batallón de esta guarnición, con seis ú ocho oficiales subalternos, entraron en los cuarteles, alarmaron las tropas, bajo el pretexto falso de que yo trataba de fugarme con algunos jefes aquella misma noche, y consiguieron de ellas tenencias adictas para verificar su proyecto, que fué consumado, pues a la misma hora fui preso en mi casa por 40 soldados al cargo de un oficial, llevado al cuartel y desde allí embarcado en un buque y entre bayonetas; igual suerte tuvieron otros jefes y oficiales, sufriendo uno de los primeros habersele puesto una barra de grillos.

A los dos días de esta revolución, conociendo las tropas la falsedad con que se les había engañado para nuestra aprehensión, y la parte del pueblo sano, las miras de los revolucionarios, proclamaron mi libertad y restituido al gobierno, con la condición de que fuesen indultados á nombre del rey los motores de la rebelión. Yo y demás jefes y oficiales, sin embargo de los vejámenes sufridos, hemos tenido por conveniente aceptar y ponernos en el ejercicio de nuestros empleos, mirando únicamente el bien del servicio de S. M. y arreglo en la tranquilidad de los fieles habitantes de esta provincia. Desde el día 10 hasta la fecha, me he ocupado en hacer volvieran las cosas al orden, y no perdonaré medios á conservar-

Aprovecho la ocasion de un buque que sale para el Janeiro, para poner en conocimiento de V. E. y que por su órgano llegue al de S. M., la situacion critica en que nos hallamos, sin recursos, sin comunicacion y expuestos á sufrir, sino el ser victimas en otra revolucion, á sucumbir á una fuerza enemiga de Chile ó el Perú que nos ataque. La esperanza de que S. M. habrá dispuesto alguna expedicion para la pacificacion de estas Américas, ó que alguna soberana resolucion haya determinado su suerte futura, me obligan en cumplimiento de mis deberes á sostener todo el tiempo posible este territorio, pues que no existe otro punto en esta América que el que ocupa por S. M. el general Olañeta en el alto Perú, aunque en la incertidumbre de cuáles sean los pensamientos de dicho general, con respecto á las discordias que ha tenido con el señor virey la Serna: por todo ruego á V. E. ponga en la alta consideracion de S. M. la situacion política en que se halla esta isla, para que provea del remedio conveniente en bien de unos súbditos que tantas pruebas han dado de fidelidad y adhesion á su real persona.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe 18 de Febrero de 1825.

Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

He aprovechado esta ocasion que se presenta de salir la goleta «Grecian» con destino á ese puerto, para remitir al capitán comisionado D. Juan Francisco Adriaola con instrucciones y al objeto que voy á expresar á V. S.

El dia 5 del presente recibí la desagradable noticia de haber sido derrotado el ejército del señor virey la Serna en el alto Perú, y que dicho señor, con otros generales, jefes y oficiales y la escuadra que habia en este mar, se han marchado para la Peninsula; que la plaza del Callao debia ser entregada á los independientes, segun la capitulacion que se hizo entre los generales Canterac y Sucre, y que sólo queda en el Perú el ejército al cargo del general Olañeta.

Como estas noticias hubiesen infundido un desaliento considerable, y, por otra parte, en los pocos adictos á la causa de la independencia, un deseo de llenar su codicia por medio de una revolucion, tuvieron la audacia dos capitanes y algunos subalternos de amotinar las tropas contra mí, los jefes y otros oficiales, so pretexto falso de que tratábamos de fugarnos: lo conseguimos, y el dia 7 á las once de la noche fui sorprendido por 40 soldados armados y conducido al cuartel en calidad de preso, cuya igual suerte sufrieron otros jefes y personas distinguidas, pasándome despues á bordo de un buque, para ser remitido á Chile en calidad de prisionero; pero como las tropas y sano pueblo conocieron la impostura, me aclamaron, y á los dos dias de prision fui restituido á la libertad y al ejercicio de mi empleo.

En situacion tan critica de aislamiento y sin recursos ni contar con un apoyo ó fuerza en estas Américas que pueda librarnos de otra revolucion, cuyos resultados pongan en riesgo nuestra existencia y la tranquilidad general de estos fieles habitantes, y para proceder, si alguna expedicion enemiga de Chile ó el Perú invade esta provincia, se ha acordado en Junta de guerra la remision del oficial antedicho á esa capital para que V. S. nos ponga al corriente de lo que ha hecho ó se dice piensa hacer el rey sobre estas Américas, si las potencias aliadas han tomado alguna parte activa en su pacificacion y cuanto contribuya para arreglar mis operaciones sucesivas. en inteligencia de que la ingénuo contestacion de V. S. me decida el partido que convenga tomar, ya sea el de sostener este territorio por el rey, si hay una seguridad de que se toman providencias para la pacificacion de esta América, ó el de que con una capitulacion, la más honrosa, se eviten los males que son consecuentes á una nueva revolucion, ó defensa inútil.

Espero que V. S. proporcionará al oficial comisionado todos los auxilios que sean necesarios á su pronto regreso, bien en el mismo buque ó en otro que con este objeto sea remitido, y que al mismo tiempo le franquee los conocimientos necesarios á dicho oficial para afianzar el buen resultado en su comision.

Dios guarde á V. S. muchos años.—San Carlos de Chiloe 18 de Febrero de 1825.

Sr. Cónsul español en el Rio Janeiro.

P. D. Sirvase V. S. dirigir al señor ministro de la Guerra por conductos seguros el oficio que por triplicado le incluyo con este objeto.

Se ha acordado en Junta de guerra el que vaya usted comisionado al Rio Janeiro, embarcándose en la goleta «Grecian» para regresar, bien sea en ella, ó en otro cualesquiera buque á la mayor brevedad á este puerto.

El objeto á que se dirige esta comision es el de entregar un oficio al cónsul español en dicha capital y recibir la contestacion que éste le dé, y al mismo tiempo el de imponerse por sí mismo, y de personas que le puedan instruir, de los particulares siguientes:

1.º Si ha salido alguna expedicion de España ó de algun otro punto para pacificar esta parte de América, ó si estaba pronta á salir, y de qué fuerza.

2.º Si S. M. ha dado alguna resolucion sobre el estado en que deben quedar las Américas, y cuál ha sido la determinacion sobre este particular de las potencias aliadas á la España en el Congreso que dicen se reunió á este efecto.

3.º Si el ejército del general Olañeta es declarado efectivamente por la causa del rey, y cuáles las noticias que se tienen de él en Rio Janeiro por la vía de Buenos Aires.

4.º Hablar con los oficiales de mayor graduacion y conocimientos, españoles, que en dicho Rio Janeiro haya, para que le instruyan y puedan escribirme sobre el estado político con relacion á la situacion de la América, trayendo por comprobantes cuantos papeles publicos pueda adquirir; y que testifiquen lo que va á saber.

5.º Si no hubiese cónsul nombrado en el Janeiro, podrá depositar esta confianza y entregar el oficio dirigido al cónsul, al jefe ó persona de mayor carácter, español, que resida en aquella capital, en la inteligencia que la contestacion que me dé á su regreso sera la que arreglará nuestra conducta en lo sucesivo.

Usted deberá de volver en la misma goleta «Grecian» pues que su capitán ha ofrecido regresar á este puerto con ella, y si por algun incidente no volviese esta goleta, deberá de efectuarlo con la posible brevedad en cualesquiera otro buque que se le proporcione, sobre lo cual se le escribe al cónsul, ó ajustando Vd. mismo con cualesquiera extranjero el que lo conduzca á este puerto, bajo el seguro de que le será satisfecho por este gobierno el trato que haga sobre este particular. Yo espero del acreditado celo de Vd. por el real servicio que no perdonará medios á realizar esta comision, segun le prevengo.

Dios guarde á Vd. muchos años.—San Carlos de Chiloe 16 de Febrero de 1825.

Sr. D. Juan Francisco Adriaola.

D. Antonio Quintanilla, etc.

Por el presente concedo libre y seguro pasaporte al capitán D. Juan Francisco Adriaola para que pueda embarcarse en la goleta «Grecian» con destino al Janeiro á desempeñar una comision de este gobierno cerca del cónsul español en dicha capital, regresando en ella misma ó en otro buque á este puerto y á la brevedad posible. Por tanto, ordeno y mando no se le ponga impedimento en su embarque y salida de este puerto, y ruego á las autoridades á quien se presente fuera de él le permitan su libre pasaporte para su ida y regreso en virtud de éste, firmado de mi mano y refrendado por el secretario de este gobierno, con el cual se presentará á quien correspondiera.

Dado en San Carlos de Chiloe á 18 de Febrero de 1825.

Excmo Sr.: Desde que en 17 de Febrero pasado escribí á V. E. dándole parte de la sublevacion de las tropas de esta plaza, y de haber recibido la desagradable noticia de la pérdida del ejército que mandaba el excelentísimo señor virey, D. José de la Serna, en el Perú, y que de sus resultados se habia marchado para la Peninsula dicho excelentísimo señor virey, jefes y la escuadra que habia en estos mares, no han ocurrido otras novedades que las que voy á indicar á V. E.

El gobierno, residente de Chile, remitió un comisionado en un buque de guerra á este puerto, solicitando la incorporacion de esta provincia á aquel Estado, con ofrecimientos seductivos hácia mi persona y empleo, si accedía á ello, al cual contesté con la repulsa propia que dicta el carácter de un español, servidor del rey Nuestro Señor.

En el mismo mes de Febrero remití un buque á las costas del Perú, y en él á un oficial comisionado con objeto de avisar al señor general Olañeta la existencia de esta provincia por la causa de S. M., y poniéndome á sus órdenes siempre que el mismo general existiese por la misma sagrada causa, sobre lo cual le pedía una explicacion con motivo de las dudas que me ocurren en el particular, por lo mucho que se ha hablado, desde que dicho general tuvo desavenencia con el excelentísimo señor virey. No he tenido contestacion, ni ha vuelto el buque ni el comisionado, que pienso haya sido presa de los enemigos de Chile ó el Perú.

Con la plaza del Callao, que manda el benemérito brigadier D. José Ramon Rodil, no me es posible comunicarme, por el riguroso sitio que le han puesto por mar y tierra los insurgentes del Perú; de modo, que me hallo aislado y sin comunicacion alguna desde que se perdió el ejército real del Perú.

En el mes de Marzo pasado remití otro oficial comisionado al Rio Janeiro en un buque inglés para que se informase allí si S. M. enviaba alguna expedicion contra los insurgentes de esta América ó habia dictado alguna soberana resolucion sobre la suerte futura de estos paises. Tampoco ha regresado dicho oficial.

Mi situacion, excelentísimo señor, y la de los jefes y oficiales, buenos servidores de S. M., es la más critica. Estamos expuestos al resultado de otra revolucion que nos sea funesta; y á pesar de todos mis esfuerzos por el bien del real servicio, noto en los habitantes de esta provincia un desaliento considerable, motivado de los desgracias dos acontecimientos del Perú y de toda esta parte de América. La opinion por la causa de S. M. se halla tan decaída, que será muy fácil á cualesquiera revolucionario hacerlos cambiar de la fidelidad con que hasta ahora han defendido la causa del rey. Por otra parte, estas tropas se han sostenido por un situado que remitía anualmente el Perú, y aunque en ocho años que hace mando esta provincia, no han venido sino muy pequeñas cantidades (á causa de los gastos que ha ocasionado el sosten de la guerra en aquel reino), he podido, no obstante, sostener estas tropas y rechazar los diferentes ataques que han emprendido los insurgentes de Chile, mediante los arbitrios y esfuerzos que he hecho. La esperanza de que sería mejorada la situacion de las tropas (que hasta ahora han gozado una escasa parte de su sueldo) luego que el Perú se hallase libre de enemigos nos ha faltado tambien despues de la pérdida del

ejército en aquel reino. El pais este es sumamente pobre; con dificultad produce el muy necesario alimento para sus habitantes, y así es que mis mayores apuros son el no poder sostener un pequeño número de tropas, tan necesarias en circunstancias de no tener otro objeto á quien dirigir sus fuerzas los insurgentes de Chile y el Perú que contra esta provincia, único punto que, á excepcion de las fortalezas del Callao, existe por la causa de rey nuestro señor.

Hago á V. E. esta exposicion, tan ingénuo como fundada, para que ponga en la alta consideracion de S. M. la situacion política de esta provincia, asegurando al mismo tiempo que no omitiré cuantas providencias sean posibles, á fin de defenderla y conservarla hasta el último extremo.

Yo espero que á la fecha ya habrá salido alguna expedicion de esa Peninsula para algun punto de esta América, y esa es la única esperanza que me queda para poder mantener este territorio por la justa causa del rey; de ese modo se restablecerá la opinion y podré contar con tener la gloria de haber sostenido esta provincia, único punto que en toda esta América no ha sido ocupado por los insurgentes hasta esta fecha.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Junio 15 de 1825.—Excmo. señor.—Antonio de Quintanilla.—Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

Este oficio se remitió por triplicado en esta fecha y por los embajadores españoles en Londres, Boston y Paris, con los oficios siguientes á dichos embajadores.

Excmo. Sr.: Las circunstancias de incomunicacion en que me hallo desde que en el mes de Diciembre del año pasado se perdió el ejército real del Perú, me obligan á incluir á V. E. el adjunto pliego para que se sirva en primera oportunidad remitirlo á nuestra corte.

Sólo existen en esta América por la justa causa de nuestro soberano, las fortalezas del Callao y esta isla de que tengo el honor de ser gobernador; pues aunque se ha dicho que existe tambien el general Olañeta con un pié de ejército regular en el alto Perú, no hay una certeza de ello.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Junio 15 de 1825.—Antonio de Quintanilla.—A los Excelentísimos Sres. embajadores españoles en Londres, Paris y los Estados-Unidos.

NOTA

Al cónsul de los Estados-Unidos se le puso la siguiente nota:

En Febrero próximo pasado escribí á V. E. participándole lo ocurrido hasta aquella fecha; desde entonces no ha habido otra novedad particular en esta provincia.

Señor: Me tomo la satisfaccion de incluir á V. S. el adjunto oficio dirigido al señor embajador español cerca de S. M. B. (que reside en Boston), para que V. S. me haga el favor de remitirlo en el primer buque mercante ó de guerra que salga para Londres ó los Estados Unidos.

Si V. S. considera como yo que no es opuesto á la neutralidad que observa la Gran Bretaña y los Estados-Unidos entre la España y estos paises, espero que, además de hacerme el singular servicio de remitir dicho adjunto pliego, me participe en primera ocasion de buque que se presente para este puerto, las noticias que V. S. sepa con respecto á si la España remite ó no alguna expedicion de tropas para la pacificacion de sus dominios de América, ó si el gobierno español ha dictado alguna soberana resolucion sobre la suerte futura de estos paises, pues me hallo, desde que se perdió el ejército que mandaba el señor virey la Serna en el Perú, en una absoluta incomunicacion con los gobiernos de mi nacion, cuya circunstancia me obliga á pedir á V. S. tenga la bondad de instruirme de estos particulares y demás que considere de alguna importancia para mi conocimiento.

Tengo el honor de ser de V. S. con la más alta consideracion su más atento y seguro servidor que besa su mano.—San Carlos de Chiloe y Junio 15 de 1825.—Antonio de Quintanilla.—A los señores comandantes del primer buque de guerra de S. M. B. ó de los Estados-Unidos que encuentre en su navegacion ó puertos el capitán del bergantín «Pacífico.»

Señor: Hallándome sin noticias de Europa y sin poder dirigir á mi soberano el rey de España comunicacion alguna por falta de buques de mi nacion, desde que se marcharon los que se hallaban en este mar, me tomo la satisfaccion de duplicar á V. S. dirija al señor embajador español en Paris el adjunto pliego en primera ocasion, pues que desde este puerto no se presenta buque que salga en direccion para Europa en el cual lo pueda yo hacer.

Del mismo modo, espero tenga V. S. la bondad (si es que considera como yo que no es opuesto á la neutralidad que observa la Francia en la presente contienda de la España con sus Américas disidentes) de participarme las noticias que sepa de Europa, y particularmente las que hagan relacion á estos paises; principalmente si la España remite algunas tropas para su pacificacion, si alguna de las potencias de Europa han prestado auxilios para el efecto ó reconocido su independencia con cuanto V. S. considere me pueda interesar para mi conocimiento.

El capitán del bergantín «Pacífico» anglo-americano, portador de esta, que piensa regresar á este puerto, me ha ofrecido traerme contestacion si es que V. S. se sirve hacerme este favor.

Tengo la honra de ofrecer á V. S. con la más alta consideracion los sentimientos de mi mayor aprecio.

Dios guarde á V. S. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Junio 15 de 1825.—Antonio de Quintanilla.—Sr. Contraal-

mirante Rosamel, comandante de las fuerzas navales de S. M. cristianísima en el Pacífico.

Por el francés D. Juan Telémaco Guillen al señor ministro de la Guerra.

Excmo. Sr.: Adjunto es cuatuplicado del que con fecha de 15 de Junio pasado remiti á V. E. por el conducto de los señores embajadores españoles cerca de los soberanos de Inglaterra, Francia y gobierno de los Estados Unidos; desde aquella fecha á la presente no ha ocurrido novedad en esta provincia.

Por dos buques de guerra que han entrado en este puerto hace dos días, el uno francés y el otro inglés, he sabido las noticias siguientes.

El general Olañeta, que mandaba el ejército real en el alto Perú, murió de resultas de una herida que recibió en una acción, en la cual también fué prisionero y derrotado su ejército; esta acción se la dió el coronel Medinaceli, el cual, hallándose á sus órdenes, se sublevó con un regimiento y batió á dicho general Olañeta en el pueblo de Chinchas; por consiguiente, no existe ya fuerza alguna por la causa del rey nuestro señor en el Perú, á excepción de las fortalezas del Callao, las cuales siguen defendiéndose por el benemérito brigadier D. José Ramon Rodil, y, según opinión general, tendrán víveres y podrán mantenerse de cuatro á cinco meses más.

El bergantín español «Aguiles» que vino á estos mares con el navio «Asia», ha llegado á Valparaíso y ha sido entregado al gobierno insurgente por los que se sublevaron con él en el viaje á Manila, y su comandante D. F. Pavia, con los oficiales, parece que fueron echados por los sublevados á una de las islas Molucas. Este alzamiento parece fué emprendido por veinte chilenos que tenía á bordo dicho bergantín, en circunstancias de hallarse el navio «Asia» en cuyo convoy iba á la vista de él y fondeado en un puerto de dichas islas.

Dejó á la alta penetración de V. E. el considerar cuál es mi situación y la de los jefes, oficiales y demás fieles habitantes de esta provincia, en vista del desamparo en que nos encontramos, sin recursos para mantener la tropa, que á fuerza de engaños, no se les ha dado hasta ahora más que una cuarta parte de su sueldo, y sin protección alguna de nuestra nación; todos son destastres, excelentísimo señor; parece que la fortuna ha huido de nosotros y se ha asilado en los enemigos: ellos se han hecho con escuadra formada por nuestros buques «La Prueba», «La Venganza», «La Isabel», «La Sebastiana» y otros menores, y, por último, el «Aguiles». También ha sido presa por ellos el buque que cito en mi oficio adjunto haber remitido á las costas del Perú; éste era una balandra armada con un cañón de 18, giratorio, y bien tripulada. Si, por tierra, en una sola batalla (la de Ayacucho), se hicieron dueños de todo el Perú alto y bajo, y no existe ya en toda esta América un palmo de tierra, á excepción de las fortalezas del Callao y esta isla, que no estén por los insurgentes.

Aprovecho esta ocasión para remitir á V. E. estos oficios por conducto del cónsul español en Burdeos, á quien ha ofrecido el comandante de la goleta de guerra de S. M. C., «Garzota», enviarlos á la primera ocasión. Sirvase V. E. poner en el alto conocimiento de S. M. su contenido.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Julio 21 de 1825.

Sr. Ministro de la Guerra.

Excmo. Sr.: Aprovecho la ocasión de incluir á V. E. el adjunto para el señor ministro de la Guerra en nuestra corte, dirigiendo á V. E. éste por conducto del cónsul inglés en Va paraíso, y espero de su bondad que en primera oportunidad la remitirá á nuestro gobierno.

Con fecha 15 de Junio próximo pasado escribí á V. E., incluyendo otro oficio á nuestra corte; desde entonces hasta la presente no ha ocurrido novedad en esta provincia de mi cargo que merezca atención; sigue siempre por la causa de nuestro soberano, como igualmente las fortalezas del Callao, únicos puntos que no son ocupados por los independentes en esta parte de América.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Octubre 7 de 1825.

Excmo. Sr. Embajador español cerca de S. M. B.

Señor: Me tomo la satisfacción de incluir á V. S. una carta para el señor capitán de la fragata de S. M. B., «Merced», contestación á otra que recibí suya, en la que me previene que, por si no se hallan en ese puerto de Valparaíso, dirija por el conducto de V. S. la que le escribiese.

Con este motivo, ruego á V. S. me haga el favor de dirigirme en primera ocasión de buque á Europa el adjunto pliego que remito por el señor embajador español en Londres; sirviéndose V. S. dispensar la satisfacción que me tomo en ocupar sus atenciones.

Deseo que V. S. me ocape y mande en cuanto me considere útil como á su más humilde servidor que besa su mano.

Sr. Cónsul de S. M. B. en Valparaíso.

Excmo. Sr.: Por el bergantín «Pacífico» que llegó á este puerto, procedente de Boston, recibí el muy apreciable pliego de V. E. de 12 de Noviembre próximo del año pasado.

Aprovecho la ocasión que se presenta de salir con destino al Rio Janeiro la goleta inglesa «Grecian», para decir á V. E. que estoy impuesto de las noticias que se sirve comunicarme y pronto á cumplir lo que me previene con respecto á exigir de todo buque de esos Estados que llegue á este puerto ó costas, la fianza del diez por ciento sobre su valor, hasta que en el término de un año me haga constar por certificación

de V. E. no haber traído armamento y municiones de guerra ni emisarios revolucionarios.

Ya V. E. estará impuesto de la situación política de esta América, y que, con motivo de la pérdida del ejército real en el Perú al mando del excelentísimo señor virey La Serna y generales Canterac y Valdés en la batalla de Ayacucho, y haberse marchado la escuadra española de sus resultas para Europa, sólo queda por el rey esta provincia y la plaza y fortalezas del Callao, que no han sido entregadas al enemigo por su gobernador, sin embargo de la estipulación, que la comprende en los tratados de resultas de dicha batalla que tengo el honor de incluir á V. E., pues aunque de la otra parte del desagadero en el alto Perú existe una fuerza de cinco á seis mil hombres al mando del general Olañeta, se ignoran los designios de este general con respecto al sistema ó causa que defiende.

Si no se verifica la venida de la grande expedición que V. E. me anuncia, es innegable que esta América del Sur quedará en posesión de los disidentes, porque ni la plaza del Callao, bloqueada por mar y tierra, puede sostenerse mucho tiempo, ni esta provincia tiene los recursos necesarios para rechazar una considerable expedición que efectivamente podrán aprestar los enemigos chilenos en unión con los peruanos. No obstante que me persuado que hasta el mes de Agosto próximo no debe de temerse, mediante á que va á entrar la estación rigurosa del invierno.

Remito un oficial comisionado al Rio Janeiro en esta goleta, el cual debe regresar á esta provincia á darme noticia de si se verifica ó no la expedición de Europa á estas Américas, y le he prevenido dirija esta á V. E.

Igualmente he remitido otro comisionado al alto Perú á exigir del general Olañeta una declaración de cuál es la causa que defiende, por lo mucho que se ha hablado en papeles públicos y por personas particulares desde que tuvo encuentros y combates con las tropas del virey La Serna. Al regreso de estos dos comandantes, con las noticias que traigan pienso afianzar mi conducta sucesiva, sobre si esta provincia debe ó no ser defendida; porque, á no venir expedición de la Península ni estar el general Olañeta por la causa del rey, todos mis esfuerzos serán inútiles.

Hace tres días se me ha presentado un parlamentario de Chile en la corbeta de guerra «Chacabuco» de aquel Estado, intimándome la entrega de este país á incorporación á él; ha sido contestado con el honor propio que caracteriza á un español amante del rey.

Sirvase V. E., si lo tiene por conveniente, transcribir esta comunicación á nuestro superior gobierno, pues que yo he escrito al señor ministro de la Guerra por conducto del señor cónsul español del Janeiro, y si por aquella vía no llegase, será muy conveniente que V. E. le instruya de este contenido.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Marzo 8 de 1825.

Yo espero tener comunicaciones de V. E. siempre que haya buques que se dirijan á esta isla, y no perderé ocasión de escribir á V. E.—D. Raimundo Chacón.

Excmo. Sr. Cónsul general español de los seis Estados de la Nueva Inglaterra.

Excmo. Sr.: Con fechas 17 de Febrero, 13 de Junio y 21 de Julio pasado he dado parte á V. E. de estar esta provincia de mi cargo por las armas de S. M. y de las novedades ocurridas hasta aquellas fechas. Desde la última hasta la presente no ha ocurrido novedad particular que pueda participar á V. E.

Por un buque mercante inglés que ha entrado en este puerto, procedente de Valparaíso, se me anuncia estarse preparando en el Perú un cuerpo de ejército que debe ser embarcado en Quilca por Bolívar, y que se ignora el punto á que se dirigen. Este ha escrito al director de Chile, incitándole haga expedición para tomar esta provincia, y que al no efectuarla remitirá él mismo un ejército contra ella en todo el presente mes de Octubre. Chile probablemente no se halla en situación de expedicionar, por la suma escasez en que se halla su Erario, y por las revoluciones interiores que se lo impiden, prueba de ello es que ha desarmado completamente su escuadra, y que, lejos de aumentar su ejército, lo han disminuido considerablemente, por lo cual es de presumir que si se verifica expedición contra este territorio sea originada por Bolívar.

Los habitantes de este Archipiélago decaen cada día más del entusiasmo que han tenido en sostener esta isla por el rey nuestro señor, todo causado por las ningunas esperanzas que en ésta se tienen de que S. M. destine alguna expedición contra esta parte de América y por la total falta de recursos para poder sostener la provincia con una defensa, cual corresponde, en caso de ser atacada. Todas estas circunstancias motivan el justo presentimiento en mí de que si á la fecha no se apronta ó ha salido alguna expedición de la Península para esta América, es infalible la pérdida de este territorio, bien siendo atacado por los enemigos, ó que, causados al fin de esperar y sin recursos para poder mantener una corta fuerza, se adhieran al partido independiente; en uno ú otro caso, los esfuerzos míos y de los jefes y oficiales, buenos servidores de S. M., serán inútiles, porque no es fácil contrastar con la opinión general de estos habitantes, máxime existiendo las circunstancias de componerse la pequeña guarnición que hay en esta provincia de soldados del país.

Yo espero que V. E. me hará toda la justicia que corresponde á mi sencilla é ingenua exposición, bien persuadido de que mis esfuerzos y celo se redoblarán en el servicio de S. M., como lo tengo acreditado en toda la campaña desde el principio de la revolución de esta América, y particular-

mente en los nueve años que hace estoy mandando esta provincia, contrastando á las repetidas expediciones que han dirigido los enemigos contra ella, á la falta de recursos ó auxilios y á los géneos inquietos que en diferentes épocas han tratado de envolverla en revolución, y que del mismo modo seguiré por su conservación, á la justa causa del rey, hasta el último extremo. Como he dicho en mi anterior, no existen en esta América otros puntos por S. M. que esta provincia y los castillos del Callao.

Sirvase V. E. poner en el soberano conocimiento de S. M. los fieles sentimientos que me caracterizan.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Octubre 7 de 1825.

Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

Excmo. Sr.: Como mi objeto es no perder proporción que se me presente en este puerto para dar parte á V. E. de cuanto ocurra, aprovecho la ocasión de un buque de guerra francés para dirigir á V. E. el adjunto duplicado del que escribí con fecha 7 del presente.

Desde entonces hasta la presente no ha ocurrido novedad que merezca mayor atención, sino únicamente la de haber recibido hace tres días un parlamentario, mandado por el gobierno disidente de Chile, en solicitud de que se les entregase esta provincia. Este no perdona medios para conseguirlo, no obstante la oposición que encuentra en mí y muchos buenos servidores que tiene el rey en esta provincia; pero, por desgracia, es mucho mayor el número de los que aspiran á la independencia, unos por intereses particulares, otros por simpatías y los más por pusilanimidad.

Por este buque francés he recibido impresos del gobierno disidente del Perú, y se dá por cierta la noticia de haber sido entregados al gobierno de Méjico el navio «Asia» y bergantín «Constante», y quemada la fragata «Clarintón» que los acompañaba al tiempo que se sublevó la tripulación del navio en las islas de los Ladrones. El «Aguiles» lo tienen en Valparaíso desaparejado.

Sigue el brigadier Rodil defendiendo las fortalezas del Callao, al cual se hallan bloqueando ocho buques armados, bien que de poca consideración, á excepción de la «Isabel» y la «Prueba». Por tierra le tienen puesto sitio 3.000 hombres acampados en Bella-Vista, donde han formado baterías contra los castillos.

Como por falta de relaciones con la corte ignoro si el Ministerio de Marina está separado ó unido al de V. E., me decido á incluir la adjunta relación de los gastos en este puerto del navio «Asia» y bergantín «Aguiles» que vinieron de la Península, y aunque tengo dado cuenta de ello al excelentísimo señor virey del Perú, D. José de La Serna, ignoro si dicho señor virey la recibió antes de la pérdida del ejército de su mando en el Perú: éstos ascienden á la cantidad de 17.569 pesos 2 1/2 reales, como verá V. E.

Es cuanto me ocurre decir á V. E. para su superior conocimiento.

Dios guarde á V. E. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Octubre 27 de 1825.

Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

INDICE

Aprovecho la ocasión de dirigirse á este puerto un buque francés para remitir por conducto de V. S. los dos adjuntos pliegos.

Los señores generales La Serna y Valdés marcharon desde esta América á Burdeos; y como no sé si aún permanecerán en Francia ó habrán pasado á Madrid, espero que V. S. haga de manera que la que cito llegue á manos de uno de dichos dos señores.

En esta América no existen otros puntos por nuestro soberano que las fortalezas del Callao y esta isla de mi cargo. Aquéllas siguen sitiadas por mar y tierra por los independentes del Perú; si no son auxiliadas muy prontamente por nuestro soberano, tendrán que capitular con los enemigos, á causa de la falta de víveres por el largo sitio que sufren; y ésta del mismo modo, por la total falta de recursos.

He recibido noticias en estos días de haberse entregado el navio de guerra «Asia» y bergantín «Constante» al gobierno de Méjico. La tripulación de este último se sublevó contra los oficiales en las islas Molucas ó de los Ladrones en su viaje á Manila, y el resultado fué quemarse la fragata «Clarintón», una de la división. Subievarse la tripulación del bergantín «Aguiles», que se entregó en Valparaíso á los independentes, y el navio «Asia» y bergantín «Constante», como llevo dicho, entregarse en el puerto de Monterey, cerca de Acapulco, á los mejicanos.

Hasta la fecha no tengo noticia alguna de si el rey nuestro señor remite alguna expedición ó no á esta parte de América en absoluta incomunicación con toda parte de nuestra nación hace cerca de un año, encontrándome con el mayor deseo de saber cuáles son las providencias que toma nuestro superior gobierno sobre las colonias ultramarinas, por lo cual ruego á V. S. se sirva participarme en ocasión de buque que se presente para este mar, lo que sepa sobre el particular.

Dios guarde á V. S. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Octubre 27 de 1825.

Sr. Cónsul español en Brest.

Es en mi poder el oficio de V. S. de 21 de Junio pasado, contestación del que le escribí con fecha 18 de Febrero con el capitán D. Juan Francisco Adriaola.

Las noticias que V. S. se sirve comunicarme y las que el referido Adriaola en la que carta de él me incluye, son bastante satisfactorias y prometen las mejores esperanzas.

Como espero al comisionado Adriaola de un día á otro, según su carta, no le escribo en la ocasión presente.

Sigue esta provincia y las fortalezas del Callao por la causa del rey nuestro señor; no hay otros puntos por el rey en esta América, á excepción de estos dos.

Doy á V. S. muy repetidas gracias por sus ofrecimientos; caso de que tenga que trasladarme á Europa, puede ser que las circunstancias me obliguen á aceptar su generosa oferta, pues que si de la fecha en cuatro meses no somos auxiliados Rodil y yo, ni él podrá mantener las fortalezas por la falta de víveres, ni yo esta provincia por la absoluta escasez de recursos para sostener ni un solo soldado, además de que el espíritu público va decayendo de día en día considerablemente con motivo de los sucesos pasados y de la tardanza de los auxilios de nuestro superior gobierno. Hasta ahora conservamos una firme esperanza, merced á lo que V. S. se sirve participarme, que quiera Dios se realice.

Dios guarde á V. S. muchos años.—San Carlos de Chiloe y Octubre 27 de 1825.

Sr. D. José Delavat y Rincon, Cónsul general de España en el Rio Janeiro.

ANUNCIOS

JARABE DE RABANO IODADO

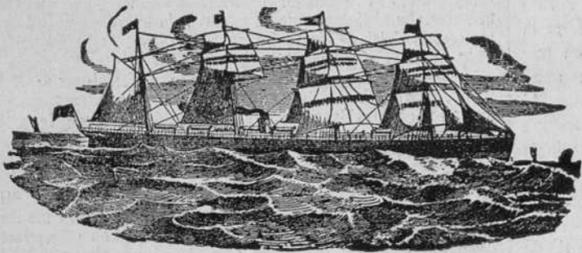
De GRIMAULT y C^a, Farmacéuticos en Paris

Desde hace veinte años este medicamento dá los resultados más notables en las enfermedades de la infancia, reemplazando de una manera muy ventajosa el aceite de hígado de bacalao, el jarabe antiescorbútico y el yoduro de hierro.

Es un remedio soberano contra los **Infartos é Inflammaciones de las glándulas del cuello**, el **usagre** y todas las erupciones de la piel, de la cabeza y de la cara; excita el apetito, tonifica los tejidos, combate la palidez y la flojedad de las carnes y devuelve á los niños el vigor y la vivacidad naturales. Es un admirable medicamento contra las **costras de leche**, y un **excelente depurativo**.

IMPORTANTE: Los admirables efectos de este medicamento, consagrando su aceptación, han provocado numerosas falsificaciones é imitaciones sin valor alguno. Para obtener el legítimo y eficaz Jarabe de Rabano iodado, exijase en cada frasco la marca de fábrica, el sello azul y la firma de GRIMAULT y C^a, además grabada en el vidrio.

Depósito: 8, Rue Vivienne y en las principales Farmacias y Droguerías



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO RICO Y HABANA
con escalas y extensión a

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO

Salidas trimensuales de

Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes: para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20, y Coruña, el 21: para Puerto-Rico y Habana.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30: para Puerto-Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla; Cartagena, Colon y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Agosto

El 10, de Cádiz el vapor *Ciudad de Cádiz*,

El 20, de Santander el vapor *Vizcaya*.

El 30, de Cádiz el vapor *Ciudad de Santander*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBU

Salidas mensuales de

Liverpool, 15; Coruña, 17, Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1.º de Setiembre.

SERVICIO COMERCIAL A FILIPINAS

Salidas mensuales de

Liverpool, el último día del mes; Santander, 3; Cádiz, 8, y Barcelona, 15 de cada mes,

con escalas en

PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBU

El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 15 de Agosto.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

BARCELONA.—La Compañía Trasatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.

CADIZ.—Delegación de la Compañía Trasatlántica.

MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.

LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.

SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.

CORUÑA.—D. E. da Guarda.

VIGO.—D. R. Carreras Irigorri.

CARTAGENA.—Bosch hermanos.

VALENCIA.—Dart y Compañía.

MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.



Vino de Peptono Pépsica de Chapoteaut

Farmacéutico de 1ª Clase en Paris

Nutrir los enfermos y los convalecientes sin fatiga del estómago, tal es el problema resuelto por este delicioso alimento; cada copa de Burdeos contiene, en efecto, diez gramos de carne de vaca completamente digerida, asimilable y despojada de las partes insolubles indigestibles.

Obra como reparador de todas las afecciones del estómago, del hígado, de los intestinos, las digestiones penosas, el asqueo de los alimentos, la anémia, la extenuación causada por los tumores, las afecciones cancerosas, la disenteria, la calentura, el diabetes, y en todos los casos en que impera la necesidad de nutrir al enfermo, al tísico, de sostener sus fuerzas con un alimento reconstituyente que en vano se buscaría en la carne cruda, en los extractos y jugos de carne ó en los caldos concentrados. El VINO de CHAPOTEAUT es el nutritivo por excelencia de los ancianos y de los niños, así como también de las nodrizas para enriquecer el caudal de su leche.

Depósito en Paris, 8, RUE VIVIENNE y en las principales Farmacias y Droguerías.

Hierro Leras

Desde los trabajos comunicados, á la Academia de Ciencias en 1849 y á la Academia de Medicina en 1858, el Hierro Leras ha obtenido del cuerpo medical un éxito rápido y brillante que crece cada año, mientras que se ven caer en el olvido numerosas preparaciones ferruginosas nuevas. Este continuado triunfo estriba en que este medicamento encierra: 1º El Hierro uno de los elementos de nuestra sangre; 2º Los Fosfatos que entran en la composición de nuestros huesos; 3º Es soporado por los enfermos que no pueden tolerar ninguna preparación ferruginosa; 4º No tiene acción alguna sobre la dentadura; 5º No provoca estreñimiento; 6º Es claro y limpio como un agua mineral natural; 7º Se asimila con más rapidez que las grajeas, pildoras y polvos. Se recomienda en el empobrecimiento de la sangre, la anémia, el linfatismo, la debilidad, los calambres de estómago, excita el apetito, facilita el desarrollo de las jóvenes pálidas, produce y regulariza el trabajo mensual, detiene las pérdidas blancas, y dá á la sangre la coloración encarnada que ha perdido con la enfermedad.

Existe bajo forma de Solucion y de Jarabe.

Deposito General en Paris, 8, Rue Vivienne, y en las principales Farmacias y Droguerías.

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

se ha trasladado á

23, CALLE DE CARRETAS, 25.
(ESQUINA A LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MAS!!

Las máquinas "SINGER" para coser

han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más

alta recompensa:

El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.

Para evitar engaños, cúidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:

23, CALLE DE CARRETAS, 25.
MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



EXPOSITION UNIVER^s 1878
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES
PERFUMERIA ESPECIAL
LACTEINA
E. COUDRAY
Recomendada por las Celebidades medicas de Paris
PARA TODAS LAS NECESIDADES DEL TOCADOR
PRODUCTOS ESPECIALES
JABON de LACTEINA para el tocador.
CREMA y POLVOS de JABON de LACTEINA para la barba.
POMADA a la LACTEINA para el cabello.
COSMETICO a la LACTEINA para alisar el cabello.
AGUA de LACTEINA para el tocador.
ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello.
ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.
POLVOS y AGUA DENTÍFRICOS de LACTEINA.
CREMA LACTEINA llamada rosa del céntis.
LACTEININA para blanquear el céntis.
FLOR de ARROZ de LACTEINA para blanquear el céntis.
SE VENDEN EN LA FABRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS
Depositos en casas de los principales Perfumistas,
Boticarios y Poluqueros de ambas Americas.

En el tratamiento de las Enfermedades del Pecho, recomiendan los Médicos especialmente el empleo del JARABE y de la PASTA de PIERRE LAMOUROUX
Para evitar las falsificaciones, debiera exigir el Público la Firma y Señas del Inventor:
PIERRE LAMOUROUX, Farm^{co}
45, Rue Vauvilliers, PARIS

MADRID

Imp. de EL PROGRESO, á cargo de
B. Lanchares, Soldado I.

TENIA Ó SOLITARIA.
Se expulsa en 2 ó 3 horas, tomando
LAS CAPSULAS TENIFUGAS
DE MORENO MIQUEL.
Arenal, 2, Madrid, y principales
farmacias.
10 rs. frasco, y por 65, se remite
certificado á provincias.